
La ÚLTIMA BATALLA
por el PROFESOR HASLEY
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO


PROFESOR HASLEY
LA ULTIMA BATALLA
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPOSITO LEGAL V. –531. – 1958.

PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTISTICA – VALENCIA

LA ULTIMA BATALLA



CAPITULO PRIMERO

La revelación que hiciera Bendy dejó ano nadados a sus dos compañeros. Ilina se había convertido para ellos en algo tan ligado a sus propios destinos que no se resignaban fácilmente a verla morir (1)

Ella no sufría lo más mínimo, pues su extraño estado psíquico la incapacitaba de todo punto para percatarse del grave peligro que la acechaba, pero no por ello dejaba de ser dolorosísimo aquel trance para los tres amigos.

—¡Es preciso hacer algo, Buck! —casi gritó Alan—. ¡No podemos verla morir ante nuestros propios ojos!

—No podemos hacer nada, Alan—contestó el mecánico—. Ya te he dicho que nuestros aparatos para la respiración artificial son de un tipo tan distinto al que lleva Ilina que es imposible adaptarle una de nuestras botellas de oxígeno.

Durante unos segundos reinó un profundo silencio.

Aquella era una mala partida que les jugaba el Destino y los tres

hombres se sentían abatidos, sin saber qué resolución tomar.

Fue Bendy el primero que rompió el impresionante silencio.

—Creo que hay una solución —dijo.

—¿ C u á l ?—preguntaron simultáneamente Alan y Buck.

—Ya os dije que todo cuanto ha sucedido me quitará el sueño para el resto de mis días.

—¿Y qué tiene eso que ver con el asunto que nos preocupa?—respondió Alan, al borde de hacer estallar su irritación.

—Yo puedo darle mi equipo.

Bendy había dicho aquello sin el menor acento de heroísmo; llanamente, como corresponde a un verdadero héroe.

Alan y Buck lo miraron y en sus ojos apareció todo el cariño que sentían por su camarada.

—Os aseguro que no me cuesta gran cosa hacerlo—remachó Bendy—. Después de todo, Ilina es una de nuestras víctimas y con mi acción no haré más que saldar una pequeña parte de la deuda que hemos contraído.

—Yo creo que podríamos echarlo a suertes —intervino Buck—. Me gustan estas oposiciones a héroe.

Las últimas palabras las había pronunciado en un tono jovial, al objeto de quitar importancia a la cosa ¡y sin embargo era poner en juego la propia vida!

—Estoy seguro de la sinceridad de vuestras palabras—intervino Alan—, pero de nada ha de servir vuestro ofrecimiento.

—Puede servir de mucho, Alan—respondió Bendy—Estoy seguro de que Roger cumplirá su palabra y estará por aquí dentro de un par de horas. Vosotros dos e Ilina podéis salvaros.

—Si pensara que cambiando de equipo conseguiríamos salvar la vida de la muchacha, yo mismo le ofrecería el mío —repuso Alan—. Al fin y al cabo fui yo quien la encontró y quien propuso que la uniésemos a nuestra expedición.

—¡Pero ése no es motivo suficiente para que reclames para ti ese derecho!—terció Buck—. Todos hemos tomado afecto a la muchacha y debemos tirar a suertes para ver quién le da su equipo.

—Yo he sido el primero en hacer la proposición. El derecho es mío.

—Es inútil cuanto digas, Bendy. Ninguno de los tres podemos hacer lo que estáis proponiendo.

Buck y Bendy miraron a su amigo y jefe del «Grupo-C» de satélites artificiales, sin comprender exactamente qué era lo que quería decir.

—Vuestra excitación y la buena voluntad que ponéis en vuestra

oferta os hacen olvidar un punto muy importante.

—No te entiendo, Alan—dijo Buck.

—Es muy sencillo. ¿Habéis pensado cómo podríamos sustituir uno de nuestros equipos por el que lleva Ilina? Lo de menos sería que uno de nosotros hubiera de morir; lo de más es que ¡ella también moriría!

Bendy y Buck miraron con cierto asombro a su camarada.

—¿Os olvidáis que estamos sumidos en el interior de una nube radiactiva? Para cambiarle el equipo respiratorio a Ilina tendríamos que quitarle la escafandra y ponerle una de las nuestras. Aún más: tendríamos que quitarle el traje protector contra las radiaciones y sustituírselo por uno de los nuestros. ¿Qué sucedería en el espacio de tiempo que quedase expuesta a la radiactividad?

—¡Tonto de mí! ¡No se me había ocurrido pensar en ello!—exclamó Buck.

—Es cierto —tuvo que reconocer Bendy.

—Bastaría un segundo, en un campo radiactivo tan inmenso, para que se le envenenara la sangre y muriese en un horrible suplicio.

—¿Entonces, no podemos hacer nada por salvarle la vida?

—Mucho me temo que no, Buck —respondió Alan, el cual tenía cierta dificultad para que las palabras le saliesen de la garganta.

—¡Yo no puedo verla morir así! —exclamó Bendy, al borde de la desesperación.

—No sé qué hacer, muchachos —confesó Alan—. Quiero buscar una solución en mi cerebro y me estrello contra un muro infranqueable.

—¡Perra vida! —rezongó Buck—. Casi empiezo a creer que hubiese sido mejor estrellarnos cuando intentamos el aterrizaje forzoso.

El hambre y el cansancio los tenía agotados y aquella nueva desdicha era la gota que hacía rebasar la copa de su amargura.

* * *

Mientras tanto Ilina permanecía impasible. Con la mirada perdida en un lejano punto, como si con ella alcanzase las horribles escenas de la destrucción total de su país, a las cuales había asistido como testigo de excepción. El cuerpo semirrígido y los labios de sin igual hermosura firmemente apretados, parecía no pertenecer a la

tierra y vivir en un fantástico mundo poblado de fantasmas y seres extraños.

—Por fortuna, no se dará cuenta de lo que se le avecina— comentó Buck, queriendo consolar a sus compañeros.

—¿Y nosotros? ¿Nos daremos cuenta nosotros?—replicó Bendy.

Había puesto el dedo en la llaga. Para hombres de tan recia virilidad resultaba un plato muy fuerte ver agonizar a la joven, incapaces de evitarlo.

Alan era, quizá, el más desesperado de todos, aunque lo disimulaba mediante un gran esfuerzo de la voluntad.

Sus ojos se posaban pensativos en sus amigos o recorrían el solitario paisaje, donde la vida de las plantas y de los pequeños animales había desaparecido completamente, aniquilada por la radiactividad.

En distintas ocasiones había mirado su contador de radiactividad, pudiendo comprobar la gran intensidad de la misma.

Mientras tanto, el tiempo iba pasando y la muerte se aproximaba a pasos agigantados hacia Ilina.

Una lucecita roja se encendió súbitamente en la muñeca de la muchacha y comenzó a centellear intermitentemente.

—¿Habéis visto eso?—preguntó Bendy.

—Es la señal de que se le acaba el oxígeno --respondió Buck—. Ese dispositivo es semejante al nuestro. Ahora deben faltar quince minutos para que se vacíen los depósitos.

Alan miró el registro que llevaba Ilina en su equipo y pudo comprobar la veracidad de las palabras de su amigo.

Pasó medio minuto y la respiración de Ilina comenzó a hacerse fatigosa.

—¡Esto se acelera! —exclamó Bendy.

Alan se arrodilló junto a Ilina y la contempló detenidamente.

—No os preocupéis —dijo Buck—. Eso es que la provisión de oxígeno se raciona automáticamente a la mitad. Con ello tiene para doble cantidad de tiempo.

Alan miró el indicador de salida del oxígeno y comprobó que la aguja se movía ahora más lentamente que unos segundos antes.

—Esta circunstancia le prolongará la vida durante media hora más—comentó con desaliento.

—No es suficiente —repuso Bendy—. Roger tardará en intentar rescatamos más de hora y media.

—Eso en el caso de que todo le salga bien. Si ha cometido el más pequeño error en sus cálculos tendrá que dar otra vuelta a la Tierra con su satélite artificial, si es que quiere hacer un aterrizaje vertical

con probabilidades de éxito.

—Ya he pensado en ello. Este terreno es muy abrupto y no puede hacer otro tipo de aterrizaje —repuso Alan.

—Roger sabe lo que se lleva entre manos y habrá tomado las medidas necesarias —dijo Bendy—, pero con ello no resolvemos la situación.

Aún acertando al primer intento en su aterrizaje vertical ya…

* * *

Aquellos puntos suspensivos que puso Bendy en sus palabras promovieron en el espíritu de Alan un vendaval de emociones.

En pocos segundos desfilaron por su mente una serie de imágenes que resumían toda su aventura: su misión de observación alrededor de la Tierra, como jefe del «Grupo-C» de satélites artificiales. Las horribles destrucciones que habían podido observar en grandes zonas de nuestro planeta; la barrera de meteoritos; el aterrizaje forzoso; la penosa marcha hacia Moscú, completamente desintegrado; el hallazgo de Ilina…

Era esto último, sobre todo, lo que con más lucidez acudía a su cerebro.

Desde el primer momento que la viera había sentido hacia ella una extraña atracción, mezcla de lástima y de un sentimiento de simpatía. Luego, la había visto caminar a su lado, indiferente a las penalidades y todo cuanto la rodeaba y, en el breve espacio de unos días, se había acostumbrado a ella de tal modo que se sentía incapaz de continuar adelante sin ella.

Ilina continuaba acostada en el suelo, sin otra variación en su actitud que la de haber acelerado la respiración, a consecuencia de la menor cantidad de oxígeno que le proporcionaba su aparato.

Sus maravillosos y bien dibujados labios estaban entreabiertos en un gesto anhelante y su cutis iba adquiriendo por momentos una mortal palidez.

—Yo no voy a poder resistir esto —dijo Bendy.

—Es una dosis muy fuerte —aseguró Buck.

Diez o doce minutos más duró aquella situación, hasta que Bendy se levantó y comenzó a alejarse.

Buck intentó levantarse e ir en su seguimiento pero Alan lo sujetó por un brazo.

—Déjalo, Buck.

—¡Pero Alan! Temo que haga algún disparate.

—No temas. Bendy tiene la cabeza bien puesta sobre sus hombros y no hará ninguna tontería.

—¿Por qué crees entonces que…?

—Su sensibilidad está muy castigada con los acontecimientos de los últimos días. Ahora le resulta imposible ver morir a Ilina, sin hacer nada por su parte para evitarlo.

—Desde luego hay que reconocer que la situación es demasiado fuerte.

—Precisamente estaba pensando en ello, Buck. Tú también puedes alejarte un rato, si quieres. Yo me quedaré junto a la muchacha. ¡Por nada del mundo me separaría de su lado en estos instantes!

Buck miró a su compañero y tragó saliva.

—Me quedo—contestó escuetamente.

Lentamente fueron pasando los segundos. Bendy había descendido de la colina, perdiéndose por uno de los múltiples vericuetos que atravesaban aquella irregular zona.

Aunque los trajes antirradiactivos iban acondicionados a la temperatura del cuerpo, tanto Alan como Buck tenían la frente perlada por gruesas gotas de sudor.

Ilina había cerrado los ojos y su pecho se levantaba y descendía acongojadamente, pues cada vez era mayor la necesidad de oxígeno para su sangre.

De pronto sucedió algo totalmente imprevisto: el espantoso silencio fue roto por el tableteo de una ametralladora y las balas vinieron a clavarse a los pies de los dos americanos.

—¡Cuidado, Alan! —advirtió Buck, al tiempo que se arrojaba al suelo.

Nuestro amigo se estuvo quieto durante la primera ráfaga, pero apenas ésta se hubo interrumpido se levantó y, cogiendo a Ilina, fue a refugiarse en una pequeña hondonada, que apenas si tenía ochenta centímetros de profundidad.

Buck vio la maniobra y no tardó en correr junto a su amigo.

—¿Te han dado, Alan?

—No. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—Parece que los disparos vienen de esa elevación que hay a nuestra izquierda.

—No sé si esta pequeña depresión será suficiente para protegernos.

—Si no lo es, ya podemos darnos por perdidos, pues en todo el

contorno no hay sitio mejor que éste.

—¿Quién demonios puede ser nuestro misterioso e inesperado atacante?

—Difícil pregunta de contestar, Buck. Yo había llegado a la convicción de que ya no existía nadie sobre este desdichado país.

—Los que vamos a dejar de existir en breve somos nosotros.

Como una confirmación al augurio que acababa de expresar Buck, volvió a escucharse el crepitar siniestro de la ametralladora y Alan y Buck se apretaron contra la muchacha, ofreciendo el menor blanco posible y cubriéndola con sus propios cuerpos para defenderla de las balas.

Ilina seguía impasible.

CAPITULO II

Bendy se había alejado sin rumbo fijo, perseguido por la alucinante visión de la muchacha.

Curtido en mil acciones arriesgadas, se sentía incapaz de soportar ni un sólo segundo más aquella lenta agonía.

Comprendía que no estaba bien dejar solos a sus amigos en semejante trance, pero le era materialmente imposible continuar junto a Ilina.

Vagó con la mirada fija en un lejano punto del horizonte y cayó al suelo en un par de ocasiones.

Tenía clavada en su mente la vacía mirada de la joven, como si en ella se reflejasen todos los reproches y toda la amargura del mundo.

La primera ráfaga de ametralladora taladró su pensamiento como si fuese un grito venido de otro mundo.

Al principio no comprendió gran cosa. Se detuvo sorprendido y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para situarse con pleno conocimiento ante la nueva circunstancia.

¿Lo había oído o era una simple alucinación auditiva? ¿Era posible que aún existiese alguien en aquel mundo de muertos, capaz de apretar el gatillo de un arma?

Erguido y con el oído atento, vacilaba entre creer o no creer lo que sus oídos le habían revelado.

Los segundos pasaron más lentamente que nunca y un absoluto silencio respondió a las preguntas que se hacía mentalmente.

Pero su vacilación duró poco tiempo. Una nueva y continuada ráfaga vino a confirmarle que aquello no era mera ilusión de sus sentidos.

Los disparos parecían venir del sitio que había abandonado unos minutos antes.

Aquello no quería decir más que una cosa: ¡Alan y Buck estaban

siendo atacados!

Quienquiera que fuese el desconocido adversario estaba en una manifiesta superioridad. Sus compañeros no llevaban armas y se encontraban a merced de su agresor.

Aquella idea fue suficiente para que Bendy abandonase su desesperada actitud.

En un segundo volvió a surgir el hombre de acción, capaz de tomar decisiones con la rapidez de un relámpago.

Sus amigos estaban en peligro y él tenía que acudir en su auxilio.

Unas débiles nubecillas de humo le indicaron cuál era la posición de los atacantes.

Sus deducciones no eran falsas. Aquellas nubecillas se levantaban sobre una pequeña elevación, situada a la izquierda del lugar que había abandonado pocos minutos antes.

Con gran rapidez comenzó a elaborar un plan. Presentarse junto a sus amigos hubiese sido inútil, pues se hallaba tan inerme como ellos. Un solo hombre, manejando un fusil ametrallador, podía dar buena cuenta de todos ellos en unos segundos. Incluso era posible que ya se hubiese deshecho de Alan y Buck.

Aquella idea le sublevó hasta tal punto que tentado estuvo de lanzarse en loca carrera hacia su objetivo, pero logró dominarse a tiempo.

Si quería tener alguna posibilidad de éxito debía proceder cautelosamente, ya que la única arma de que disponía era la sorpresa.

Descendería unos metros para poder dar la vuelta a la colina. Luego la remontaría por la parte contraria, intentando ganar la elevación desde la cual había abierto el fuego contra el lugar que ocupaban sus amigos.

Si conseguía ascender sin que el enemigo se diese cuenta, tal vez podría atacarle por sorpresa y conseguir desarmarlo.

De que no eran más que uno o dos hombres los que atacaban estaba seguro, pues sólo había escuchado dos ráfagas de ametralladora y hasta se atrevería a decir que las dos provenían de la misma arma.

Si hubiesen sido más de uno o dos hombres habrían llegado hasta él sus voces, cosa ésta inevitable cuando se trata de un nutrido grupo, que además ataca a un enemigo desarmado y m el terreno propio.

Sin pensarlo más comenzó a poner en práctica su plan. Descendió unos metros y se fue corriendo a lo largo de la falda de la

colina, camino de su objetivo.

Caminó como una sombra y no tardó en encontrarse al pie mismo de la ladera, pero por el lugar que le conduciría hasta la elevación desde la que habían salido los disparos.

* * *

Alan y Buck, mientras tanto, buscaban desesperadamente una salida a la situación.

El atacante o los atacantes permanecían ocultos y era difícil precisar su exacta posición.

Dos veces que intentaron echar una ojeada al exterior fueron obligados a esconder la cabeza por una ráfaga de ametralladora.

—Espero que no se tratará de un atacante «robot», como nos sucedió frente a la fortaleza [(2)] —susurró Buck.

—En esta ocasión podemos desechar esa posibilidad—respondió Alan—. Estos disparos no están hechos con la precisión de aquellos y habrás observado que tardan más a disparar que en aquel otro caso.

—¿Qué vamos a hacer entonces, Alan? En aquella ocasión se te ocurrió la idea salvadora. ¿Y ahora?

—Mucho me temo que tengas que exprimirte tú el cerebro si es que quieres que salgamos de este atolladero, porque a mí no se me ocurre nada.

Nuevamente intentó Buck asomar la cabeza y las balas silbaron sobre sus cuerpos, con el agudo mosconeo de un enjambre de abejas.

—Da gracias al cielo de que quienquiera quesea tiene una pésima puntería —le dijo Alan a su amigo—. De no ser así ya nos hubieran hecho el cuerpo como una criba.

—Creo que es inútil intentar localizarlos. De todos modos no nos ha de servir de gran cosa, ya que no podemos responder adecuadamente a sus disparos.

—¡Jamás hubiese creído que en un país aniquilado como éste tuviésemos que pasar tantas dificultades! —exclamó Buck.

—¿Recuerdas lo que sucedió en la fortaleza, Buck? Los muertos iniciaron un ataque con sus unidades blindadas.

—No me lo recuerdes. Fue uno de los espectáculos más trágicos de los que tengo memoria.

—Aquello era un símbolo, Buck. La misma muerte se puede

volver contra nosotros y atacamos con furia implacable. Hemos desatado fuerzas que están por encima de las posibilidades humanas. No sólo nosotros, sino el mundo entero padecerá las consecuencias de la excesiva audacia de los hombres.

—¿Crees que la radiactividad que flota sobre una gran zona del planeta acabará con la humanidad entera?

Alan hizo un gesto ambiguo.

—Es posible que no. Nuestros adelantos nos permitirán, quizá, combatirla. Pero no es lo peor el daño físico que hoy padece la Tierra, sino el daño espiritual que se hace a los seres que la pueblan.

Los dos hombres guardaron silencio y se sumieron en profundas meditaciones.

Su agresor tampoco daba señales de vida y ni el más leve ruido podía escucharse.

Al cabo de unos minutos, Buck tomó la palabra:

—¿Habrán desistido de cazarnos, Alan?

—Lo dudo, pero vamos a echar otra ojeada, ¿no te parece?

* * *

Con sumo cuidado fueron levantando la cabeza y dirigieron sus ojos hacia la elevación de donde habían partido los disparos.

En contra de lo que esperaban, un gran silencio recibió su aparición.

—¡Ya no disparan! —exclamó Buck.

—No te fíes demasiado —aconsejó Alan— Quizá pretenden que ofrezcamos mejor blanco para no fallar la puntería esta vez.

A pesar de la recomendación de su amigo, Buck levantó algo más la cabeza.

—Te digo que ya no están allí, Alan. Ahora ofrezco un blanco más que sobrado para cualquier tirador, por malo que éste pudiera ser.

Alan estaba sorprendido, pero no tenía más remedio que rendirse a la evidencia.

Se unió a su amigo y los dos concentraron su atención hacia la pequeña elevación de terreno situada a la izquierda del lugar que ellos ocupaban.

—Voy a creer que tienes razón. Ahí ya no hay nadie.

—¿No te parece extraño, Alan ?

—Ciertamente lo es. No puedo explicarme qué es lo que ha pasado.

Pero habrían de pasar muy pocos segundos antes de que Alan y Buck pudiesen explicárselo.

Una voz autoritaria sonó a sus espaldas y sus palabras fueron escuetas y tajantes.

—¡Al que se mueva le meteré uní docena de balas en el cuerpo!

Más que el miedo, la sorpresa paralizó los movimientos de los dos americanos.

Aunque las palabras habían sido proferidas en inglés, el acento del hombre que las dijo indicaba claramente que no se trataba de ningún anglosajón.

—¡Dad la vuelta poco a poco! —ordenó la voz.

Los dos amigos hicieron lo que se les ordenaba y pudieron ver de frente a su atacante.

Se trataba de un hombre de unos cuarenta años de edad, pelo castaño, mirada penetrante y robusta complexión.

Al igual que los americanos iba ataviado con un traje de material plástico contra la radiactividad. Su cabeza estaba protegida con una escafandra transparente y un equipo de oxigeno alimentaba autónomamente sus pulmones.

Lo primero que sobresalió a los ojos de Alan fue que aquel equipo antirradiactivo era del mismo modelo que llevaba Ilina.

—¿Qué quiere de nosotros?—preguntó Buck, sin apartar la mirada del recién llegado.

—¿Americanos? —preguntó el hombre.

—Sí—respondió Alan—. Pertenecemos al Ejército de los Estados Unidos; «Grupo-C.» de satélites artificiales.

El hombre no respondió nada, pero sus ojos centellearon.

Durante un largo minuto miró fijamente a sus prisioneros. Sus manos empuñaban un moderno fusil ametrallador y con él apuntaba a los dos americanos.

—¿Cómo estáis aquí? —preguntó el ruso.

—Nos vimos obligados a hacer un aterrizaje forzoso y nuestro satélite se destrozó al tomar tierra —respondió Alan.

—Vosotros sois los que habéis destruido mi país.

Alan y Buck no contestaron nada.

—Rusia es un inmenso cementerio y vosotros sois los responsables.

—¿Crees que sólo somos nosotros?—intervino Alan—. También vosotros habéis contribuido con vuestros temores y amenazas a que esto sucediese.

El hombre guardó silencio durante unos segundos y los nudillos de sus manos se pusieron blancos al apretarlas fuertemente sobre la culata de su arma.

—Si piensas acabar con nosotros hazlo de una condenada vez— gruñó Buck—. No seré yo quien se queje por haber encontrado su merecido. En la guerra unos ganan y otros pierden.

El ruso no contestaba, pero era bien visible que en el interior de su corazón se libraba una ruda batalla.

—¡Vamos, dispara ya! —acució Buck.

—No pierdas la serenidad —le indicó Alan.

En aquel momento, una forma poco perceptible se levantó a las espaldas del ruso y, un segundo más tarde, se abatía sobre éste, derribándole.

CAPITULO III

Bendy, que no era otro la forma imprecisa que saltara sobre el ruso, cayó sobre la espalda de éste y ambos rodaron por el suelo.

La violencia del golpe los había hecho rodar unos cuantos metros más allá de donde estaban Alan y Buck, y el primero pudo coger tranquilamente el fusil ametrallador que se le había escapado de las manos al ruso en el momento de la acometida de Bendy.

Mientras tanto, los dos rivales se enzarzaban en una rápida pero violenta pelea cuerpo a cuerpo.

Bendy consiguió una ventaja inicial con su ataque por sorpresa, pero el ruso era hombre de gran fuerza e imperturbable sangre fría en el combate, mientras que Bendy resultaba poco eficaz a consecuencia de la rotura de su clavícula.

El ruso se tomó unos segundos para rehacerse, mientras que Bendy disparaba golpe tras golpe con su brazo sano. Luego comenzó su contraofensiva.

Bendy era un buen luchador, pero estaba sin comer ni beber agua desde el desdichado instante en que se vieron forzados a aterrizar en aquel territorio, y sólo disponía de uno de sus puños como arma ofensiva.

Así y todo consiguió poner una hábil zancadilla a su contrincante y éste rodó por tierra.

—¡Apártate!—le gritó Alan a su amigo.

Pero el ruso fue más rápido en comprender la intención de Alan y en tomar las medidas necesarias para no verse cubierto por la amenaza de su propio fusil ametrallador.

A pesar de estar embarazado por el equipo antirradiactivo se balanceó sobre los omoplatos, luego distendió el cuerpo como un muelle de acero y, con ágil pirueta, cayó de pie.

Bendy estaba un poco aturdido por el esfuerzo realizado y no pudo evitar que el ruso se situase a sus espaldas y al tiempo que le

retorcía un brazo hacia atrás le sujetase por la garganta con el otro.

La maniobra se había realizado con gran rapidez y el hombre se amparaba con el cuerpo de Bendy, impidiendo que Alan disparase sobre él.

—¡Si dais un solo paso lo desnucaré! —dijo con tono firme.

* * *

Bendy intentó debatirse pero se encontraba demasiado débil para ofrecer una seria resistencia y el hombro le dolía atrozmente.

Buck intentó dar un paso hacia el dramático grupo constituido por los dos hombres pero se detuvo. El ruso había apretado su presa alrededor del cuello y una mueca de dolor apareció en el rostro de Bendy.

Durante un par de minutos continuó aquella situación, sin que Alan y Buck se atreviesen a hacer nada por libertar a su compañero, ni el ruso se decidiese a soltar su presa para escapar.

Alan y Buck se miraron varios veces sin saber qué decisión tomar.

—Quizá podamos llegar a un acuerdo—insinuó Alan.

El ruso no respondió y siguió apretando a su presa contra su propio cuerpo.

Buck se removía inquieto y esperaba el más leve descuido de su adversario para abalanzarse sobre él.

—No te muevas si yo no te lo ordeno —le advirtió Alan.

Pasaron varios minutos sin que la situación se resolviese en un sentido o en otro.

De pronto, el ruso hizo algo totalmente inesperado: aflojó su presa y dejó caer al suelo a Bendy, quedando al descubierto.

—Podéis matarme, si queréis— dijo—. Por mi parte estoy harto de tanta muerte y no pienso hacer nada por defenderme.

Aquellas palabras podían encerrar alguna oculta intención, pero le bastó a Alan mirar a los ojos de aquel hombre para comprender que estaba diciendo la verdad.

En cierto modo veía reflejado en sus facciones el mismo aire triste y extraño que en las de Ilina.

—Puedes disparar. Decididamente somos unas malas bestias los hombres —añadió—. Somos de los pocos seres que hemos quedado vivos sobre esta inmensa superficie y aún intentamos exterminarnos.

Alan fue bajando lentamente el fusil, haciendo evidente su intención de no aprovecharse de aquella superioridad.

—Si no intentas nada contra nosotros, nada tienes que temer.

—De eso podéis estar seguros —respondió el ruso—. ¿Creéis que tengo tan mala puntería? Si no os he eliminado antes ha sido porque, como os he dicho, estoy harto de tanta muerte.

—¿Cómo diablos has podido sobrevivir a esta catástrofe?— preguntó Buck.

Ya iba a contestar el ruso cuando Alan le cortó la palabra con un gesto de la mano.

—Un momento —dijo.

Los dos hombres se le quedaron mirando sin poder intuir qué era lo que pretendía.

Bendy, mientras tanto, se había levantado del suelo y unía su mirada interrogadora a la de los otros dos.

—¿Sucede algo, Alan? —preguntó Buck.

—Este hombre lleva un equipo antirradiactivo igual al de Ilina— respondió Alan.

—¡Ya te comprendo!—exclamó Buck, dándose una palmada en el muslo—. Quizá podría...

—Eso es lo que pretendo—respondió Alan.

El ruso miraba a su interlocutor con un gesto mitad asombro y mitad desconfianza.

—¿Qué provisión de oxígeno llevas en esas dos botellas de la espalda?

—¿Quién, yo?—preguntó el ruso.

—Sí —contestó brevemente Alan.

—No he mirado el registro hace varios días, pero supongo que aún me quedará para ocho o diez horas.

—Entonces estamos salvados.

La extrañeza del ruso subió de punto.

—¿Que estáis salvados? No logro entender lo que quieres decir. Mi equipo es totalmente distinto al vuestro y no es posible adaptar estas botellas de uno al otro. Además, poco resolveríais con ello. En mil kilómetros a la redonda no sería posible encontrar otras botellas. Nuestra muerte está aplazada hasta dentro de muy poco tiempo. Solamente unas horas.

—No comprendes aún —replicó Alan—. Con nosotros viene una compatriota tuya, a la que sólo queda oxígeno para unos minutos. Si conseguimos acoplarle uno de tus depósitos podrá resistir unas cuantas horas más.

El ruso meditó un segundo y luego se encogió de hombros al

tiempo que sonreía escépticamente.

—Por mí no hay inconveniente. Después de todo es lo mismo vivir unas horas más o menos cuando la muerte de todos nosotros, en el plazo de diez o doce horas, es segura.

—Quizá nosotros te reservemos una sorpresa —sonrió Buck—. Me gusta encontrar a gente desinteresada, capaz de hacerle un favor a cualquiera.

—A este hombre nos lo ha enviado la Providencia —murmuró Bendy en voz alta.

—Cada vez lo comprendo menos —sonrió el ruso—. ¡Que mi contrincante considere que...!

—El mundo está lleno de misterios —sonrió Bendy—. Doy por bien empleado el apretón que le diste a mi cuello.

—¡Fantástico! —exclamó el ruso—. ¿De qué pasta estás hecho, amigo? Yo lo único que puedo hacer es lamentar el haberte maltratado.

Bendy alargó su mano y estrechó la del desconocido.

—Será cuestión de rectificar algunas cosas —repuso el americano—. Nuestras relaciones han comenzado a discurrir por los mismos derroteros que lo hicieran en el año mil novecientos cuarenta y seis, lo cual nos ha traído a la catástrofe que hoy aflige al mundo. Quiero que borremos esa impresión y comencemos a sonreímos sin necesidad de enseñamos los colmillos.

—Por mi parte, encantado de que así suceda.

—Todo eso está muy bien —intervino Alan—, pero, es preciso que nos demos prisa si queremos ayudar a Ilina.

Alan comenzó a caminar hacia el pequeño hoyo y los demás hombres lo siguieron...

* * *

Ilina se encontraba en la misma posición en que la habían dejado pocos minutos antes. Reclinada en el suelo y con los ojos cerrados iba acelerando por momentos el ritmo de su angustiosa respiración.

Cuando el ruso fijó los ojos en la muchacha lanzó una exclamación de alarma.

—¡Caramba! ¡A esa mujer le queda muy poco tiempo de vida! El centelleo del registro de oxígeno ha subido a la máxima intensidad y eso indica que no quedan reservas más que para dos o tres

minutos. Después de eso…

Fueron tan significativos aquellos puntos suspensivos que aceleraron el ritmo del corazón de los tres americanos.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó Alan.

—Yo no puedo quitarme el equipo para desenroscar uno de los depósitos que llevo a la espalda, pero cualquiera de vosotros podéis ayudarme.

Fue Buck el que se prestó solícitamente a realizar la operación.

—Otro puede, mientras tanto, ir quitándole una de esas botellas a la muchacha —sugirió el ruso.

—¿Cómo se quitan? —preguntó Alan.

—No hay más que cortar el paso del oxígeno. Para ello basta con dar dos vueltas a esa llave que se ve a la derecha. Luego, hay que desenroscar esas piezas exagonales que se ven arriba y abajo y ya está.

Alan se puso a realizar lo que se le indicaba sin perder ni un momento.

—Con mi depósito pasa lo mismo —indicó el ruso a Buck.

El jefe de máquinas del «Grupo-C» de satélites artificiales no tuvo ninguna dificultad en realizar la operación.

—Esto ya está —dijo mostrando el ligero depósito que había quedado entre sus manos—. ¿Cómo va lo tuyo, Alan?

Bendy había sentado a Ilina en el suelo y Alan manipulaba con dedos ágiles en la espalda de ésta.

—Me falta poco —contestó—. Una de las tuercas se ha enmohecido y resulta difícil desenroscarla sin ninguna herramienta.

Ilina respiraba con extrema dificultad y la palidez de su rostro se acentuó hasta límites pavorosos.

Bendy sustituyó a Alan en su intento de desenroscar la tuerca, pero también fueron inútiles sus esfuerzos.

—¡No vamos a poder! ¡No vamos a poder! —exclamó rabiosamente—. ¡Esta maldita tuerca va a hacer que nos estrellemos!

—Creo que ya no tenéis fuerzas ni para sostener vuestros propios brazos —intervino el ruso—. Dejadme probar a mí.

* * *

El centelleo del registro de oxígeno que Ilina llevaba en la muñeca subió de tono durante una fracción de segundo y se apagó

totalmente.

—Hay que darse mucha prisa —dijo el ruso, arrodillándose al lado de Ilina—. Ha agotado totalmente el oxígeno y comienza a asfixiarse.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras metía mano a su tarea.

Ilina había dejado de mover acompasadamente el pecho y su boca se abría en inconsciente ademán, buscando el oxígeno que le faltaba.

Alan, que la observaba, no podía contener su excitación al ver que la vida se le escapaba a la infortunada muchacha que voluntariamente había unido al destino de la expedición.

—¡Date prisa! ¡Date prisa! —apremió al ruso.

Este trabajaba con dedos ágiles y no perdía ni un solo segundo.

—¡Esta condenada tuerca!—exclamó.

—Le quedan muy pocos segundos —informó Bendy—. No creo que resista más de medio minuto.

El ruso hizo un supremo esfuerzo y una exclamación de triunfo se escapó de sus labios.

—¡Ya está!

Con dedos ágiles desenroscó la tuerca y ordenó brevemente:

—El otro depósito.

Buck se arrodilló y colocó en su sitio el depósito que le había quitado a su improvisado colaborador.

—Dos vueltas a la llave —dijo el ruso.

Buck obedeció y un ligero silbido que se escapaba del depósito de oxígeno les vino a informar que el cambio se había realizado felizmente.

Alan cogió los brazos de la joven y comenzó a moverlos suavemente, al mismo tiempo que Bendy presionaba intermitente el estómago de la muchacha, al objeto de empujar el diafragma y hacerle recuperar el ritmo de respiración.

Un minuto más tarde vino al rostro de Ilina una oleada de color y sus mejillas tomaron de nuevo el tinte sonrosado que habían perdido.

—Esto marcha —dijo Bendy, frotándose las manos satisfecho.

—Un minuto más y hubiera sido demasiado tarde —murmuró Buck.

El ruso reguló la salida de oxígeno y se levantó satisfecho.

—Tiene oxígeno para unas siete horas. Después…

—Es más que suficiente —respondió Alan—. Nosotros tampoco tenemos para mucho más.

—No es un gran consuelo —sonrió el ruso—, pero no podemos hacer otra cosa que resignarnos.

Alan iba a contestar a aquellas palabras cuando vio en la cara de su nuevo amigo un gesto que le hizo detenerse.

El ruso no se había fijado hasta entonces en el rostro de la mujer a la que acababa de auxiliar, pero en aquel momento la miraba con mucha atención.

—¡Es Ilina Yaroslav!

Alan iba a preguntarle al ruso qué era lo que sabía sobre aquella mujer, pero tampoco en esta ocasión pudo tomar la palabra.

Un vibrante zumbido se escapaba del aparato de radio y Buck lo interpretó perfectamente:

—¡Roger pide comunicar con nosotros!

Alan, Bendy y Buck dejaron solos al ruso y a su compatriota y se arrodillaron junto a la emisora-receptora, para ponerse en comunicación con el hombre del cual dependía la existencia de todos.

CAPITULO IV

Durante quince minutos estuvieron en contacto con Roger, el cual les dio las últimas instrucciones para proceder a su salvamento.

—Sobre esas colinas será muy difícil el aterrizaje. ¿No podríais descender a la llanura? —dijo.

—No hay ningún inconveniente en ello —repuso Alan—. ¿Hacia qué sector crees más conveniente que nos desplacemos?

—No es preciso que os alejéis mucho. Bastará conque os situéis a unos quinientos metros de las colinas. De esa manera podré aterrizar con más facilidad.

—De acuerdo, Roger. ¿Cuánto tardarás en llegar?

—Una hora aproximadamente. ¿Hay algún herido?

—No. La única novedad es que tenemos dos pasajeros más.

—¡Encantado de poder rescatar dos nuevas vidas! —exclamó Roger.

—¡ Ya tengo ganas de ver tu cara de pingüino! —gritó Buck junto al micrófono.

—¡Tienes siete vidas, como los gatos! —respondió Roger—. ¡Ya me sorprendía que se acabasen las «Aventuras de Buck, el Hombre del Espacio»!

—Ten la seguridad de que eso no lo han de ver tus ojos, Roger. Aún he de vivir lo bastante para retorcerte las narices en más de una ocasión, condenado.

—Vamos a cortar la comunicación, Roger —intervino Alan—, pues necesitamos el tiempo para bajar hasta la llanura y alejarnos un tercio de milla.

—De acuerdo, Alan. Podéis desconectar la emisora, y volvéis a dar la comunicación luminosa una vez estéis ya instalados.

—Así lo haremos. Corto.

—Esto comienza a ponerse interesante —suspiró Buck—. ¡Preparados para la marcha, muchachos!

En pocos segundos se dispusieron para la partida.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó el ruso, el cual no había perdido ni una sola palabra del diálogo.

—Sucede, sencillamente —contestó Buck—, que aún no ha llegado nuestra última hora. Quizá el buen Dios ha tenido en cuenta nuestros muchos pecados y no ha querido que desaparezcamos de la vida sin tener tiempo de arrepentimos. ¿Cómo van tus cuentas con el Señor?

El ruso miró a su nuevo amigo, levantó los ojos al cielo y dijo:

—¡ ¡ Hum ! !

Fue tal el gesto, mitad de espanto y mitad contrición, que hizo el ruso, que los tres americanos no tuvieron más remedio que echarse a reír.

—¡Por lo visto necesitarás una larga penitencia! —exclamó Buck.

—Creo que la necesitaremos todos —aseveró Bendy seriamente.

—No perdamos tiempo y pongámonos en marcha —intervino Alan—. Buck y Bendy cogerán la emisora. El ruso y yo nos ocuparemos de Ilina.

Media hora más tarde alcanzaban el lugar que habían previsto.

* * *

Buck y Bendy volvieron a montar la emisora y enviaron sin interrupción la señal luminosa.

El ruso se había quedado frente a Alan y lo miraba serenamente.

—¿Es cierto que también me vais a llevar con vosotros?

—¿Por qué no? Es decir… si no tienes inconveniente. Nadie puede vivir sobre esta tierra.

El ruso permaneció unos segundos en silencio y luego alargó su mano y estrechó la de su nuevo amigo.

—Gracias —dijo—. Empezaba ya a creer que no existía el corazón del hombre.

—Es lo menos que podemos hacer —contestó Alan, emocionado.

—Desde ahora podéis llamarme Boris; es mi nombre.

—A propósito, Boris: ¿quién dijiste que es esta muchacha que llevamos con nosotros? ¿La conoces?

—Sí. Todo el mundo la conoce. Se trata de Ilina Yaroslav. Es uno de nuestros primeros científicos. Sus trabajos en el terreno de la Física son muchos y muy importantes.

—¡Jamás hubiese pensado que una criatura tan delicada fuese una autoridad en esa materia !

—Es un cerebro de primera magnitud… Es decir: era un cerebro extraordinario —rectificó Boris, lanzando una triste ojeada a la muchacha.

—Ha visto demasiado horror alrededor suyo —comentó Alan—. Cuando vayamos a los Estados Unidos pienso ponerla en manos de un buen psiquiatra.

—Ha sido algo terrible —confirmó Boris—. Apenas si ha quedado nadie con vida en esta parte del planeta. Yo he visto algunos grupos a los que todavía no había alcanzado una fuerte radiactividad arrastrándose como fantasmas sobre esta desolada tierra. Iban lacerados por horribles quemaduras y parecían hombres prehistóricos, a la caza feroz de cualquier cosa con que matar su hambre. ¡Algo verdaderamente alucinante!

—Más vale no pensar en ello, puesto que ya nada podemos hacer por evitarlo.

* * *

Boris se había excitado al recordar las escenas pasadas y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para serenarse.

Durante medio minuto permanecieron frente a frente sin pronunciar una sola palabra y luego se acercaron al grupo formado por Buck y Bendy, llevando de la mano a Ilina.

El tiempo fue pasando y el momento señalado para el rescate se aproximaba a pasos agigantados.

Sin pretenderlo, aquellos hombres se habían dejado ganar por la emoción del momento y, sin pronunciar palabra, miraba fijamente el indicador luminoso de la emisora-receptora, señal segura de que estaban en contacto con el satélite artificial de Roger.

Fue Alan el primero en percatarse de la proximidad del aparato.

—¡Ahí está, amigos! —gritó al tiempo que señalaba con su brazo extendido hacia un lejano punto del horizonte.

Los otros tres hombres dirigieron sus ansiosas miradas hacia el lugar señalado y un brillo de satisfacción apareció en sus ojos.

—¡Bravo, Roger!—gritó alborozado Buck.

—¡Viene frenando desde larga distancia! —exclamó Bendy.

Sobre la línea del horizonte apareció un punto llameante, el cual parecía ganar altura conforme iba acercándose, cuando en realidad

lo que hacía era descender, produciendo un paradójico efecto óptico.

Las cargas de contrapropulsión habían entrado en funciones, frenando gradualmente la inmensa velocidad del satélite artificial.

—¡Es un maravilloso espectáculo! —suspiró Buck.

—Casi no me atrevo a creerlo —musitó Boris.

Los cohetes de contrapropulsión incendiaban en roja llamarada el espacio, al paso del satélite, y una verdadera lluvia de fuego, envuelto éste en blanca humareda, caía sobre la tierra, iluminando fantásticamente el paisaje.

Se hubiera dicho que un meteorito, escapado de su órbita, venía a estrellarse contra la Tierra, como final de la veloz cabalgada de un centauro del espacio.

Pero aquel corcel interplanetario no cabalgaba desbocado por el anchuroso cielo, sino qué obedecía dócilmente a los inteligentes hombres que lo tripulaban.

Al principio no oyeron ningún ruido porque el satélite llevaba una velocidad muy superior a la del sonido que, como se sabe, es de trescientos cuarenta metros por segundo, en el aire. Pero no tardó en llegar hasta los oídos de nuestros amigos un fino y agudo silbido que Alan interpretó debidamente.

—Ya ha conseguido una velocidad inferior a los mil doscientos veinticinco kilómetros por hora. Creo que el aterrizaje está asegurado.

—El terreno es bueno —comentó Bendy—. Si no le fallan las cargas, todo saldrá a pedir de boca.

El agudo silbido fue creciendo en intensidad y volumen, hasta convertirse en un ruido ensordecedor que hacía temblar el aire.

El satélite artificial fue acercándose y pronto pudieron verlo en toda su majestuosa belleza. Su forma esférica lo hacía particularmente apto para los vuelos siderales y el penacho de fuego que dejaba a su paso lo hacía parecer un ígneo cometa.

La masa de vapores que lo precedía se hizo mucho más densa, hasta el extremo que llegó a ocultarlo plenamente a los ojos de aquellos desdichados náufragos en un mar de radiactividad.

La blanquecina nube se detuvo a unos cien metros de distancia y dos nuevas columnas de humo y fuego salieron en sentido vertical de la parte inferior del aparato, viniendo a chocar con fuerza contra el suelo.

—Va a iniciar el descenso—anunció Alan.

* * *

Sus palabras no tardaron en ser confirmadas. Del interior de la nube formada por los gases, perfectamente equilibrada, de propulsión y contrapropulsión, que estaba situada a unos doscientos metros del suelo, surgió la refulgurante silueta del satélite.

Como un pájaro fantástico comenzó a descender majestuosamente, como si se apoyara en las dos gaseosas columnas verticales.

—¡Es una maniobra maravillosa! —reconoció Boris en tono admirativo—. ¡Se necesita una gran precisión para llevarla a cabo!

Alan y sus dos camaradas no despegaban sus ojos del satélite, mirando como fascinados. Sabían que aquel era el momento de mayor peligro.

Un simple descuido, un cálculo ligeramente imperfecto de los hombres que tripulaban la astronave sería suficiente para que capotase y se estrellara contra el suelo, pues carecía de planos de sustentación como los que tenían los antiguos aviones.

Pero no sucedió nada de eso. Roger maniobró con admirable pericia y el satélite artificial se posó blandamente en el suelo.

—¡Hurra! —gritaron los tres americanos simultáneamente.

Boris tuvo un movimiento instintivo de lanzarse a correr hacia la astronave, pero Alan lo sujetó por un brazo.

—¡Quieto! Ahora es peligroso acercarse. El roce con el aire ha calentado la estructura exterior del aparato y se corre el peligro de ser abrasado. Hemos de esperar a que el equipo de refrigeración haga su trabajo.

Un minuto más tarde comenzó a salir de la parte superior de la esfera un líquido que la bañó por completo, evaporándose casi instantáneamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Boris.

—Se trata de un compuesto de amoníaco —respondió Buck—. Al contacto con la caliente superficie metálica se evapora, haciendo descender rápidamente la temperatura que rodea a la astronave. De ese modo, la refrigeración se hace en muy poco tiempo.

Poco tiempo después se abrió lentamente una de las escotillas de salida y un hombre ataviado con el traje antirradiactivo se hizo visible.

Una pequeña escalera automática alargó sus peldaños hasta el suelo y el hombre descendió.

Alan, Bendy y Buck salieron disparados hacia aquel hombre y no

tardaron en estrecharlo entre sus brazos.

—¡Roger!

—¡Alan!

—¡Ven acá, viejo besugo! —terció Buck—. ¡Por fin has aprendido a pilotar esa olla de hojalata!

—¡Que el diablo te lleve, Buck! ¿Qué tal tus vacaciones por estas tierras? ¿Y Bendy?

—¡Aquí estoy, Roger! —exclamó el aludido, poniéndose delante de Roger.

—Déjame que te abrace. Este Buck es un acaparador.

* * *

Durante unos minutos continuaron las efusivas escenas, en las que quedó patente la gran amistad y compenetración que existía entre aquellos hombres.

—Me habéis hablado de dos pasajeros más —dijo Roger al cabo de este tiempo—. ¿Dónde están?

Alan hizo que se adelantase Boris y se lo presentó a su amigo y subordinado.

—Lo encontramos muy oportunamente —sonrió Alan—. Gracias a él hemos podido salvar a otra persona.

—Lo suyo le costó a Bendy —sonrió Buck—, pues casi estuvo a punto de morir entre los brazos de este gorila ruso.

Roger hizo un signo de extrañeza y Alan se apresuró a intervenir.

—Luego te lo contaremos todo, ahora quiero que conozcas a la mujer.

—¡Ah!, ¿pero se trata de una mujer?

Alan arrastró a su compañero hasta el sitio donde yacía Ilina en el suelo.

—Le encuentro algo raro —dijo Roger.

—Está bajo los efectos de un «shock» psíquico. Espero que podamos hacer algo por ella en los Estados Unidos.

—Es muy hermosa —comentó Roger.

—¿Crees que podremos despegar?—dijo Alan cambiando de conversación.

—El aterrizaje ha sido perfecto y no creo que tengamos el menor inconveniente en despegar.

—Entonces apresurémonos. Tengo verdaderas ganas de

abandonar estas tierras.

—Debo decirte, además —intervino Buck —que no hemos probado bocado desde el mismo día de nuestro aterrizaje forzoso.

—En mi aparato tengo abundantes provisiones. Venid y podréis calmar vuestro apetito.

Alan cogió dulcemente de las manos a Ilina y tiró de ella. La muchacha se levantó y se dejó conducir dócilmente hacia el satélite artificial, que no sólo venía a salvarle la vida, sino que le ofrecía la posibilidad de rescatar su conciencia en el lejano país de donde había venido la causa de su desdicha.

CAPITULO V

El viaje de regreso hacia los Estados Unidos no presentó grandes dificultades. El satélite tripulado por Roger y sus hombres despegó magníficamente y tomaron rumbo hacia la lejana Patria.

Alan contó a Roger los detalles de su odisea y éste se maravilló de que hubiesen salido con vida.

—Desde arriba pudimos detectar las grandes destrucciones producidas, pero jamás creí que fuesen tan importantes.

—¿Cómo van las cosas por nuestro país? —preguntó Alan.

—También allí hay novedades, Alan.

—¿Buenas o malas? —preguntó Bendy.

Roger hizo un gesto ambiguo, dando a entender que no sabía cómo calificarlas.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó Alan.

Roger se detuvo un instante tratando de recapitular en su memoria los acontecimientos.

—Aún está todo confuso —dijo finalmente—. En primer lugar te diré que este servicio que estamos realizando lo hago por mi propia cuenta y riesgo.

—¿Qué diablos quieres decir ? ¿Acaso me han quitado el mando del «Grupo-C.» de satélites artificiales?

—No se trata de eso. El asunto es mucho más grave.

—¿Quieres acabar de un vez ? —apremió Buck.

—Ya os he dicho que no es fácil contar las cosas, Buck.

—Prosigue —rogó Alan.

—Hago este servicio bajo mi propia responsabilidad porque recibí órdenes para que aterrizara en nuestro territorio.

—¿Cómo fue eso?

—El gobierno de mariscales que presidía el almirante Bradford ha sido derribado por la fuerza.

La noticia llenó de estupefacción a cuantos la escuchaban.

—¿Quieres decir que ha habido una revolución?—preguntó Alan.

—Algo por el estilo.

—¿Cómo ha sido posible? —intervino Bendy.

—Bradford y los hombres que formaban su equipo de gobierno, menos dos, quisieron erigirse en dictadores del mundo.

—¡Increíble!

—Por mucho-que lo parezca, es cierto, Alan. Ensoberbecidos por haber eliminado del mapa a Rusia, quisieron dictar al mundo sus leyes. Esto fue lo que los llevó a su destitución.

—Me alegro de que haya sucedido así—subrayó Buck—. No es justo que nadie se imponga a los demás.

—Cuando cundió la noticia de que Rusia había sido derrotada sobre la base de su total aniquilamiento, se sucedió un extraño fenómeno de simpatía y conmiseración hacia el desdichado pueblo que de tal modo ha sido borrado del mapa, y fuertes críticas se levantaron contra los que se habían atrevido a dar semejante paso. Fueron las mismas discusiones que las que se llevaron a cabo hace cuarenta años cuando el Presidente Truman ordenó que se lanzase la primera bomba atómica sobre Japón, sólo que esta vez han adquirido una mayor violencia.

—Entonces no se pretendió imponer nuestro criterio al mundo—arguyó Alan.

—Eso ha sido lo que ha despertado mayor indignación—continuó Roger—. También hay que tener en cuenta que muchos países han sufrido terriblemente los efectos de los bombardeos atómicos, a pesar de ser nuestros aliados. La nube radiactiva ha afectado a varias naciones aliadas y el deshielo del polo. Norte ha modificado el clima de la Tierra, de tal modo que los países de economía agraria se están hundiendo sin remisión.

—¿Y cómo ha sido el golpe revolucionario? —preguntó Alan.

—El almirante Bradford dio un comunicado al mundo entero, diciendo que el gobierno que él presidía asumía la dirección de este mundo, al objeto de encauzar la vida futura.

—¿Y quiénes capitanearon el golpe?

—Dos hombres de su gobierno. Dos militares de limpia y honrada ejecutoria: el mariscal Bentley y el mariscal King. Apoyados por todo el pueblo de los Estados Unidos y con el beneplácito de todos los gobiernos de la Tierra depusieron a Bradford y sus colaboradores.

—¿Y qué rumbo tomará ahora nuestra nación?

—El mariscal Bentley ha prometido pasar la autoridad al poder

civil, en cuanto se hayan apaciguado los ánimos y se hayan tomado las más elementales medidas de seguridad, en este mundo que está a punto de perecer.

—Esa ha sido nuestra tradicional política y fue una lástima que la abandonáramos en mil novecientos sesenta y dos, cuando la competencia de armamentos entre nuestro país y Rusia liego a su punto máximo —dijo Alan.

—¿Y por qué dices que este viaje lo has realizado por tu cuenta? —intervino Bendy.

—Recibí orden de aterrizar cuando apenas acababa de ser derribado, Bradford. Lo hice pero vi que todo estaba aún muy confuso y que se tardaría en enviar una expedición en vuestro socorro. Solicité permiso para venir a buscaros y se me negó.

—¿Qué motivos dieron para ello? —preguntó Alan extrañado.

—La humanidad entera es presa de un agudo estado de terror. Cualquier ingenio volador que se cierne en el aire suscita reacciones terribles, que a veces llegan a la más furiosa violencia.

—Temen aún la represalia del enemigo destruido ¿verdad?

—Así es, Alan. Nadie comprende cómo ha sido posible pillar tan desprevenidos a los rusos, que no han sido capaces de la menor réplica.

—A mí mismo me asombra semejante cuestión —admitió Alan.

—De todos modos, despegué —concluyó lacónicamente Roger.

Alan miró durante unos segundos a su compañero y le estrechó la mano cariñosamente.

—Gracias, Roger. Estaremos a tu lado si es que hay que pagar los platos rotos.

—No podía hacer otra cosa —suspiró Roger—. La lealtad y el sacrificio es la única defensa de los hombres que habitamos los espacios.

—Quizá nuestros superiores no lo entiendan —intervino Buck—, pero ellos no saben lo que significa abandonar la firme seguridad de la Tierra para vivir como estrellas errantes en un universo que es hostil a la condición humana.

—Espero que sí que lo entiendan —repuso Alan.

—Ya veremos —respondió Roger—. De lo que sí podemos estar seguros es de que hoy somos conocidos hasta en el último rincón de la Tierra.

—¿Y eso? —preguntó Bendy.—¿Olvidáis que somos los únicos seres que hemos volado sobre el país que ha sido víctima de la guerra total ? Esa guerra que se ha venido vaticinando durante cincuenta años.

—No había pensado en ello —admitió Bendy.

—Las pocas horas que estuve en tierra me vi asediado por miles de periodistas y tuve que contestar a centenares de preguntas. Todo el material fotográfico sacado desde mi satélite ha ido a parar a manos del Alto Mando y está siendo estudiado por varios centenares de comisiones militares y científicas.

—Yo podré ampliar algunos de esos informes —dijo Boris taciturnamente—. Desde mi cárcel puedo conmover al mundo con un relato que ni la mente más calenturienta hubiese sido capaz de imaginar.

—No es nuestro propósito que vayas a la cárcel, Boris —replicó Alan—. Haremos lo que sea para que eso no suceda.

El ruso miró a Alan y un brillo de esperanza apareció en sus ojos.

—¿Es eso cierto, Alan?

—Cierto. No eres nuestro prisionero, sino nuestro amigo.

—Eres nuestra conciencia —sonrió Buck—. Salvándoos a ti y a Ilina nos sentimos un poco más tranquilos. ¡No vamos a permitir que nos cierren esa válvula de escape!

—Os doy las gracias—contestó Boris—. Pero no quisiera crearos ningún problema.

—Ya lo arreglaremos —intervino Bendy—. No es preciso que se enteren de vuestra personalidad.

—Dudo que podamos evitarlo —intervino Roger—. De todos modos, están las cosas muy revueltas y quizá podamos salir adelante con la cuestión.

El trayecto de regreso a la Patria fue corto y sin incidentes.

* * *

Todos los expedicionarios se habían despojado de sus trajes antirradiactivos y Alan, Buck y Bendy saciaron su hambre y su sed. El mismo Boris dio buena cuenta de la ración que le correspondió en suerte y la única que no probó bocado fue Ilina, la cual parecía ser insensible a todas las cosas materiales de la vida.

Cuando entraron en territorio de los Estados Unidos recibieron órdenes para que aterrizasen en Nueva York, pues el gobierno provisional que presidía el mariscal Bentley había trasladado su sede a la inmensa capital.

La creencia de Bendy de que pudieran pasar desapercibidos los

dos pasajeros que traían en el satélite artificial resultó totalmente fallida.

Una inmensa muchedumbre, entre la que destacaban infinidad de periodistas, policías y hombres del Ejército les esperaba.

Todos querían ver y conocer a los hombres que habían vivido una aventura en el propio territorio destruido.

En los rostros de todos y en sus ademanes se adivinaba el nerviosismo de los últimos días y la gran tensión nerviosa a que estaban sometidos.

Un cordón de soldados protegió el descenso del aparato de nuestros amigos, pero, apenas pusieron pie en tierra, la multitud desbordó las filas de soldados y una avalancha humana se abatió sobre todos ellos,

Boris pasaba desapercibido, pero la presencia insólita de una mujer entre los expedicionarios suscitó la curiosidad de las gentes.

En medio de aquella marea humana, un sagaz periodista cogió a Ilina de una muñeca y la arrastró hacia un lado, separándola de sus compañeros.

Alan iba rodeado por una gran multitud y había perdido de vista a la muchacha. Fue Buck el que lo puso sobre aviso.

—¡Eh, Alan! ¡Ocúpate de Ilina!

* * *

Nuestro amigo se revolvió en medio de aquella vorágine de seres jadeantes y localizó a Ilina, la cual parecía angustiada por la nueva situación, aunque no hacía nada por resistirse.

Con enérgica violencia se abrió paso entre la multitud y llegó hasta el lugar donde el periodista trataba inútilmente de arrancar algunas palabras a Ilina.

Alan cogió por un brazo a la muchacha e intentó apartarla de aquel hombre.

—¡Un momento¡ —exclamó el periodista—. Necesito hacerle unas preguntas a esta mujer.

—Ahora no está en condiciones de contestar a ninguna pregunta.

—¿Por qué no? —insistió el periodista—. Me parece que éste puede ser un buen asunto.

Alan intentó alejarse con la muchacha, pero el periodista la había cogido por la muñeca, impidiéndole seguir a su compañero.

—No tenga tanta prisa, amigo. Sólo unas preguntas a esta deliciosa muñeca. Es una prisionera rusa ¿verdad?

Un grupo cada vez más numeroso se agolpaba alrededor de Ilina y el periodista no soltaba su presa.

Alan no lo pensó más. Cogió al hombre por la solapa y le descargó un fuerte puñetazo.

Rechazado por el impacto hacia la multitud de curiosos, el periodista cayó en brazos de uno de ellos y tardó algunos segundos en rehacerse. Cuando reaccionó, Alan y la muchacha ya se habían alejado, volviendo junto a sus compañeros.

Por fin pudieron dominar la situación los soldados y policías, abriendo un camino a los expedicionarios hasta los automóviles que les esperaban.

Unos segundos más tarde, protegidos y guiados por varios motoristas, se perdían en el formidable tráfico de la ciudad, camino de la sede provisional del gobierno.

* * *

Alan iba sentado junto a Ilina y con solícita ternura le estrechaba sus frías manos.

La joven había abandonado el reino de la muerte para trasladarse a un lugar donde la vida se desbordaba exageradamente, bajo la impresión de una terrible amenaza.

Pocos días eran los que Alan faltaba de aquella ciudad y, sin embargo, todo había cambiado. Quizá el aspecto exterior de la misma, sus avenidas, sus edificios, era el de siempre. Pero había algo en las gentes que pululaban por las calles que venía a indicar claramente que alguna cosa sustancial había cambiado.

Todos parecían apresurados, como si una gran prisa les empujase hacia mil diversos objetivos y apenas si tuvieran tiempo de gozar de cuanto la vida podía ofrecerles.

¿Cómo sentaría todo aquello a Ilina? ¿Le serviría para reaccionar o la hundiría más aún en su extraño marasmo?

Eran éstas, preguntas que tardarían en ser contestadas.

De una cosa estaba seguro: jamás abandonaría la partida en favor de la muchacha, la cual, a pesar de su extraño estado, se había convertido en una parte sustancial de su vida.

Pero lo que Alan no sabía era que para Ilina todavía no habían terminado los días difíciles y no iba a tardar mucho tiempo en

cernirse sobre su frágil existencia una grave y terrible amenaza.

CAPITULO VI

La semana siguiente fue de un terrible ajetreo para nuestros amigos.

El Alto Mando de los Estados Unidos les acaparó casi por completo la actividad, deseosos como estaban de tener una información directa de los efectos producidos por el terrible bombardeo atómico a que se había sometido todo el territorio ruso.

La desobediencia cometida por Roger fue pasada por alto gracias al triunfo de su empresa, con lo cual se quitaron los expedicionarios una seria preocupación de encima.

Alan, Buck y Bendy relataron minuciosamente cuanto habían visto y Boris pudo completar perfectamente el cuadro aterrador, puesto que él había sido excepcional testigo del bombardeo y de sus consecuencias posteriores.

La colaboración de Boris en completar el informe y la magnitud de la catástrofe que sufriera su país levantó una corriente de simpatía hacia él y su compatriota Ilina entre los hombres sobre los cuales pesaba en aquellos instantes el porvenir de los Estados Unidos y quizá del mundo entero.

Se puso a disposición de ambos cuanto necesitaban para rehacer sus vidas y la hermosa muchacha fue sometida a tratamiento por los mejores especialistas en psiquiatría del Ejército.

Alan apenas si pudo preocuparse de la joven, absorbido como estaba por las tareas que se derivaban de su aventura y de su posición dentro del Ejército.

Al final de los siete primeros días pudo disponer de unas horas para recabar noticias directas del estado de la muchacha.

Acompañado por Buck hizo una visita al hospital militar de las inmediaciones de Nueva York donde estaba siendo tratada.

El Coronel Jefe del Hospital recibió a los dos amigos con grandes muestras de deferencia.

—No saben cuánto me alegro de poder estrecharles la mano. Son ustedes dos personas que han sido rescatadas del mismísimo infierno.

—Ya apenas puedo creerme que esto haya sido posible—sonrió Buck—. Aquello ha sido más terrible aún de lo que ustedes puedan imaginarse.

Durante unos minutos charlaron con el doctor y le dieron algunos informes de cuanto habían visto, especialmente de la visita al fuerte de acero, donde vieran la fantástica carga de los muertos contra un enemigo invisible.

—Algo verdaderamente espeluznante —comentó el Coronel—. Una escena así jamás se borrará de sus mentes.

—Puede estar seguro de ello —respondió Alan, Jamás la guerra tuvo unas características más trágicas y aterradoras. ¡Era terrible ver avanzar aquella división blindada con sus tripulantes muertos!

—El más afectado de todos fue Bendy—intervino Buck—. No me extrañaría que necesitase de sus servicios, coronel.

—Tampoco me sorprendería a mí. ¡Lo que me sorprende es que no se hayan vuelto ustedes locos!

—¿Y cómo está Ilina? —preguntó Alan.

—La hemos sometido a un fuerte tratamiento, pues padecía una aguda crisis de terror.

—¿Cree que se repondrá totalmente?

El coronel hizo un gesto ambiguo.

—Me temo que vamos a encontrarnos con alguna dificultad seria.

—Dígame lo que sea —suplicó Alan.

—Su estereotipia psíquica no ha de ser muy difícil de vencer, pero hay algo contra lo que apenas podemos luchar.

—¿Qué es ello ? —preguntó Buck.

—Esa joven ha debido ver algo tan horroroso que su conciencia se niega a recordarlo. En cierto modo es una defensa para no atormentarse con el recuerdo.

—¿Quiere usted decir que sufrirá una amnesia ?

—Exactamente, amigo Alan. Total o parcial, eso es lo que nos falta ver todavía. Puede que se olvide hasta de su propio nombre o solamente de todo aquello que se relacione con el terrible bombardeo atómico. Yo más bien me inclino polla primera suposición.

—¿Podríamos verla? —preguntó Alan.

—En estos momentos creo que va a reanudar el tratamiento. La estamos sometiendo a una serie de sesiones de electro-shock. Es la

única manera que tenemos de romper el círculo vicioso en que se halla sumida su mente. Hasta ahora nos está dando buen resultado.

—Siento que no podamos volver en un par de días.

—¿Quieren ustedes ver en qué consiste el tratamiento? Les advierto que si han visto cosas fuertemente emotivas ésta tampoco se queda atrás.

—Si ha de servir de molestia...

—En cierto modo me interesa, amigo Alan. En los minutos inmediatamente posteriores a la aplicación del electro-shock, y en el momento en que han pasado los efectos de éste es cuando hay más posibilidades de que ella recoja el hilo de su memoria. Quizá el timbre de la voz de ustedes o su simple presencia sea el catalizador que le devuelva la conexión con su pasado.

—Esto cambia la cosa. Si nuestra presencia puede servir de alguna ayuda no tenemos el menor inconveniente en prestarnos a ello.

El doctor asintió con la cabeza y les hizo un signo para que le siguieran.

—Por aquí —indicó.

Durante algunos minutos caminaron en silencio por los blancos pasillos del hospital. Luego cogieron un ascensor y se detuvieron en la tercera planta.

—Es al final de este pasillo —dijo el coronel jefe, saliendo del ascensor y echando a andar.

Un ayudante lo recibió frente a una puerta donde podía leerse: Prohibido el paso.

—¿Cómo va la enferma?

—En este momento se le va a aplicar una nueva sesión de electro-shock.

—Vamos allá.

Empujaron silenciosamente la puerta y entraron en la habitación.

Varios hombres vestidos con batas blancas se encontraban alrededor de una amplia y cómoda «chaisse-longue», en la cual estaba tendida Ilina, al parecer durmiendo.

—Le acabamos de poner una inyección de narcovenol.

—De acuerdo —asintió el doctor.

Luego se volvió hacia los dos amigos y les explicó:

—Cuando un enfermo, cualquiera que sea su estado, lleva varias sesiones de electro-shock, adquiere pánico a este tratamiento y se resiste a continuar. Es algo instintivo, porque no es nada doloroso. Entonces recurrimos al narcovenol. Es un producto que, inyectado

en la vena, duerme a nuestro paciente en un segundo. De este modo podemos actuar tranquilamente.

Mientras el doctor les hablaba, Alan y Buck no quitaban ojo de la muchacha.

Estaba vestida con un equipo compuesto por unos largos pantalones que se adaptaban a sus tobillos y cintura por medio de unos elásticos, y una blusa de la misma tela, que se sujetaba a la cintura y a las muñecas por el mismo sistema.

Dos ayudantes habían pasado unas anchas correas por sus brazos y piernas y otro le ponía una especie de esponja de goma entre los dientes.

—Lo hacemos así para evitar que se haga daño —informo el doctor.

Adosado a la pared había un complicado pero no muy grande aparato, del cual salían unos hilos eléctricos que terminaban en dos polos.

Con sumo cuidado los colocó el médico que dirigía la operación en ambas sienes de la muchacha y miró a su superior con ojos interrogadores.

—Adelante —dijo el coronel.

El médico se volvió hacia el cuadro de mando que tenía a sus espaldas y con mano firme dio vuelta a una clavija.

Un agudo zumbido metálico, que duró exactamente un quinto de segundo, rompió el silencio en que se había sumido la habitación.

Lo que siguió después fue algo que puso a prueba el temple de los dos amigos.

Ilina se retorció con violencia y todos sus músculos se pusieron en tensión. De no haber sido por las ligaduras habría caído al suelo.

Su boca mordía fuertemente la esponja de goma y las venas de su cuello se hinchaban hasta parecer que iban a reventar.

Durante varios segundos continuó aquel forcejeo convulsivo, hasta que, poco a poco, fue mitigándose e Ilina quedó inmóvil sobre el improvisado lecho.

—Quítenle pronto las ligaduras —ordenó el médico a sus ayudantes—. La dosis de narcovenol ha sido muy pequeña y no tardará en despertar. No quiero que se impresione al verse atada.

En un segundo la desprendieron de las anchas tiras de cuero que la sujetaban y las escondieron debajo de la «chaisse-longue».

—Pónganse delante de ella —dijo el coronel—. Quisiera que fuese lo primero que viesen sus ojos.

Alan y Buck obedecieron y esperaron durante un par de minutos en silencio.

Por fin, Ilina abrió sus hermosos ojos y los volvió a cerrar un instante.

Cuando los abrió de nuevo vino a posarlos sobre los dos hombres que estaban situados delante de ella.

—Háblenle ustedes —susurró el coronel.

Alan estaba profundamente impresionado pero procuró rehacerse y le dirigió la palabra a la muchacha.

—¿Cómo se encuentra usted, Ilina? —dijo con voz cariñosa—. Hemos venido a interesarnos por su estado. ¿Nos recuerda?

La vacía mirada de la joven se tiñó con un brillo de inteligencia y sus labios se movieron en un balbuceo ininteligible.

—Ahora ya nada tiene que temer. Está usted entre amigos, Ilina.

En la expresión de su rostro se adivinaba que hacía un sobrehumano esfuerzo por recordar algo que le rondaba por la cabeza.

—Continúe habiéndole —apremió el coronel en voz baja.

—Hemos vivido juntos una terrible aventura —continuó Alan—. ¿Recuerda usted, Ilina?

La hermosa joven no separaba los ojos de Alan y en la expresión de los mismos se reflejaba el gran esfuerzo mental que hacía.

—Pronto se encontrará bien del todo. Verá como todo pasa y volverá a sonreírle la vida.

De nuevo volvió a mover los labios y, por fin, pudo articular una palabra, claramente expresada en inglés.

—Alan.

Oir su propio nombre en labios de aquella mujer fue algo que llenó de confusa emoción a nuestro amigo.

—-¡Magnífico! —exclamó el médico que dirigía aquel equipo—. ¡Comienza a recuperarse!

—Continúe usted —insistió el Coronel

Alan siguió hablándole a la muchacha, sin que consiguiera arrancarle nuevas palabras.

Dos o tres veces repitió Ilina el nombre de Alan y luego cerró los ojos, con evidentes muestras de cansancio.

—Por hoy está bien —dijo el médico—. Sería contraproducente seguir insistiendo.

Alan y Buck asintieron con la cabeza y salieron al pasillo en compañía del Coronel Jefe.

Estaban visiblemente .conmovidos y el director del hospital se dio cuenta de ello.

—Ya les dije que era un plato muy fuerte —comentó.

—Me ha sido muy difícil aguantar a pie firme —admitió Buck.

—Lo que más me sorprende es que haya pronunciado mi nombre —dijo Alan.

—¿ Por qué le sorprende ? —preguntó el doctor.

—¡Pero si cuando yo la encontré ya estaba en estado semiinconsciente!

—Eso no importa. La conciencia de esa mujer se encontraba... digamos paralizada, pero no así su subconsciente.

—No lo entiendo, doctor.

—El subconsciente está siempre vigilante —explicó éste—. A él nada se le escapa y toma buena nota de todo. Esa es la causa de la formación de los complejos. Prueba de ello es que cuando conseguimos que las causas subconscientes pasen a la conciencia desaparecen los complejos que se habían ido formando solapadamente.

—Pero mi caso es distinto ¿no le parece?

—Nada de eso. Usted ha debido significar algo muy bueno para ella. Quizá el contraste entre el horror que ha pasado y la posibilidad de una esperanza. Si le preguntásemos por qué sabe su nombre no sabría contestarnos, pero es evidente que su subconsciente tomó buena nota de él.

—Creo recordar que no se lo dije.

—Eso es lo mismo. Lo oiría cuando alguno de sus camaradas lo pronunciaba en el momento de dirigirse a usted.

Cuanto decía el doctor era cierto pero sonaba cabalísticamente en la mente profana de los dos amigos.

—¿Qué piensa hacer ahora, doctor? —preguntó Alan.

—Repetiremos algunas veces más esta experiencia. No es seguro que consigamos con ello un éxito total, pero no veo mejor camino por el momento. ¡Claro está, si usted se presta a ello!

—En cuerpo y alma —replicó Alan—. Haré todo cuanto esté en mi mano hacer.

—Se trata de una enferma excepcionalmente inteligente—continuó el doctor—. Y además muy culta. El perfecto acento inglés con que ha pronunciado su nombre indica que domina tan bien esta lengua como la suya propia.

Después de estar algunos minutos conversando con el doctor en su despacho, los dos amigos se despidieron de él y salieron a la calle, no sin antes haber quedado citados para una próxima sesión.

* * *

—¡Estoy hecho polvo! —exclamó Buck, en cuanto los dos hombres se vieron en la calle—. No podía soportar el ver cómo se retorcía el delicado cuerpo de Ilina bajo los efectos del electro-shock.

—Ha sido verdaderamente terrible —confesó Alan—. ¡Nunca hubiese creído que se trataba de una cosa tan dramática!

—En las próximas sesiones entraremos después de que hayan cesado los efectos de ese diabólico aparato ¿no te parece, Alan?

—Se lo propondremos al doctor. Yo preferiría que fuese así.

Habían aparcado su automóvil a un centenar de metros del hospital y tardaron un minuto en alcanzarlo.

Buck se sentó al volante y lo puso en marcha. Habían quedado en verse con Bendy y Boris antes de la hora de la cena y apenas si tenían quince minutos para acudir puntualmente a la cita.

—Tendremos que apretar un poco si no queremos llegar tarde— dijo Buck, al tiempo que pisaba con energía el acelerador del coche.

Alan no contestó nada e hizo un vago gesto con la cabeza.

En realidad, su mente se encontraba lejos de lo que le decía su amigo. Se hallaba ocupada pensando en Ilina; aquella mujer que tan inesperadamente se había cruzado en su vida y hacia la cual había sentido una intensa piedad desde el primer momento que la viera. Piedad que se trocaba paulatinamente en amor. Porque de una cosa estaba seguro Alan en aquellos momentos: amaba a la muchacha; la amaba con todo su corazón.

Su propia debilidad, su desamparo habían sido los acicates que movieran el viril corazón de aquel hombre, el cual encontrara entre las ruinas y la muerte a la mujer que movió su corazón hacia una lejana meta de vida y esperanza, porque sólo esto es lo que significa, el amor.

CAPITULO VII

En los diez días siguientes, Alan asistió a cinco sesiones más con Ilina.

La muchacha recordaba perfectamente su nombre y también el de los dos compañeros de Alan, pero no hizo mayores progresos en este sentido.

Una espesa niebla caía sobre su cerebro en todo cuanto se relacionaba con la terrible catástrofe que había aniquilado a su país.

En cambio, fueron muchos los progresos conseguidos en cuanto a su salud. Había conseguido rehacerse y su aspecto iba mejorando día a día.

Finalmente, el doctor que dirigía el hospital militar consideró que había llegado el momento de darla de alta.

—Por el momento no podemos hacer más por ella. Ahora su recuperación total es cuestión de tiempo. Me gustaría que reposase en algún lugar tranquilo; lejos del bullicio de la ciudad. Creo que la trasladaremos a un sanatorio, aunque el contacto con los demás enfermos puede serle perjudicial.

—Yo dispongo de una hermosa villa en Búffalo. ¿No cree que sería mejor que se trasladase allí? —dijo Alan.

—Esa sería la solución ideal. Yo pondría a su disposición un equipo de competentes enfermeras y el médico que la ha tratado le haría periódicas visitas.

—Entonces no se hable más del asunto. ¿Cuándo podemos emprender el viaje?

—Por mí pueden hacerlo hoy mismo. ¿Le viene bien a usted?

—Perfectamente, doctor. Disfruto de un permiso por tiempo indefinido y no tengo otra cosa mejor que hacer.

—Entonces voy a dar las órdenes para que Ilina abandone el hospital hoy mismo. En usted confío.

Las gestiones se llevaron con gran rapidez y aquella misma tarde

emprendían el camino de Búffalo.

Buck y Boris también formaron parte de la comitiva y ambos se prometían un período de bien ganado reposo.

Bendy había partido hacia una localidad del interior, pues su atormentado espíritu estaba necesitado de un sedante que le llevase algo de paz y serenidad.

Un sacerdote católico que lo había visto nacer y que gozaba en todo el país de fama de santo había contestado a su carta, instándole a que le hiciera una visita. En busca de aquel santo varón iba Bendy en aquellos momentos, dispuesto a hacerle las mil preguntas que asaltaban su mente y no dejaban en paz a su conciencia.

Sobre una pequeña colina tenía Alan su finca, en la cual podían encontrarse cuantas comodidades pudieran apetecerse, incluyendo un amplio y bien poblado jardín.

Los primeros días pasados en aquel delicioso lugar fueron una verdadera bendición para todos.

Buck y Boris hicieron grandes correrías por los alrededores y el primero adiestró al segundo en las particularidades de la vida en los Estados Unidos.

Por su parte, Alan e Ilina pasaron largas horas juntos, conociéndose y compenetrándose.

Ilina resultaba un ser verdaderamente encantador. La belleza de su rostro era insuperable y su cuerpo lucía las más graciosas líneas que imaginarse pueda.

Aunque tenía una laguna en su memoria, qué abarcaba todo cuanto se relacionaba con aquella guerra relámpago, el resto de sus facultades se habían conservado intactas y su conversación era variada y atractiva.

Todo aquello hizo que el amor que Alan sentía por tan maravillosa criatura subiera de punto, hasta el extremo de convertirse en una arrebatada pasión.

* * *

Un día paseaban por el jardín cuando Ilina decidió sentarse un momento junto a un pequeño estanque donde nadaban los peces multicolores.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó la muchacha con su armoniosa voz—. Si no fuera porque hay algo en mi cabeza que me

dice que he dejado atrás un no sé qué terrible, diría que el mundo es un verdadero paraíso.

Alan no contestó nada por el momento, pues debía , tener mucho cuidado en no rozar el tema de la destrucción de Rusia, pues esto podía provocar en la muchacha una recaída.

—¿Qué es lo que ha pasado, Alan? ¿Por qué he estado enferma y qué es lo que hago aquí?

—¿Para qué quieres preocuparte? ¿Acaso no estás a tu gusto?

La joven miró a su amigo y sonrió enigmáticamente.

—Eso no es contestar a mis preguntas, Alan. ¿Por qué recuerdo tu nombre y no sé nada más de ti? ¿Por qué no recuerdo haber visto en mi vida estos paisajes, estas cosas que me rodean, esta forma de vivir que tanto me sorprende?

—Ya te dije que sufriste un accidente y que el doctor no quiere que se hable de ello, por ahora, pues existe el peligro de una recaída. Estabas de viaje por mi país y yo te atropellé con mi automóvil. Es justo que sea yo quien te ayude en este trance.

Ilina sonrió.

—Sé que no me dices la verdad, Alan, pero no quiero hacerte difícil la cosa. Tendré paciencia hasta que más adelante puedan aclararse las cosas.

—Agradezco infinitamente tu actitud —dijo Alan con un suspiro de satisfacción.

—Los seres humanos somos como esos peces que nadan en el estanque. Estamos sumergidos en una pequeña porción de un mundo que apenas conocemos y al que creemos poseer plenamente.

—Hay cosas en la vida, Ilina, cuya posesión vale más que todo el resto del mundo. Es por ello por lo que tenemos la sensación de que poseemos el mundo entero.

—¿Hay alguna cosa que te atraiga de semejante manera, Alan?

Nuestro hombre estuvo tentado de contestar que esa cosa era ella misma, que cifraba todas sus esperanzas en conseguir conmover su corazón y hacerla su esposa, pero una cierta cortedad le hizo contenerse.

La pregunta quedó sin respuesta y la conversación fue interrumpida por la presencia de Boris y Buck.

—¡Esta vida resulta maravillosa! —exclamó Boris—. No creo haber disfrutado más en toda mi vida.

—Aquí somos verdaderos personajes —repuso Buck—. Todo el mundo se preocupa por nosotros en el pueblo y, especialmente, están deseosos de ver a Ilina. Hay una docena de periodistas por estos alrededores y han hablado más de la cuenta.

—¿Tanta importancia tiene que me hayas atropellado con tu coche, Alan? —sonrió la muchacha, dejando al descubierto dos perfectas hileras de dientes.

—No son sólo los periodistas los que tienen la lengua demasiado larga —refunfuñó Alan.

Buck cogió al vuelo la indirecta y se mordió los labios para no seguir hablando.

—¿Qué os parece si vamos a comer ? —sugirió Ilina—. Una de mis enfermeras me está haciendo señas para que nos dispongamos a pasar al comedor.

La oportuna sugerencia disipó la situación y todos fueron contentos hacia el amplio comedor de la casa.

* * *

Así iba transcurriendo la vida en aquel plácido lugar cuando, al anochecer del decimocuarto día, sucedió algo que conmovió los cimientos de aquella naciente felicidad.

El sol se había ocultado en el horizonte y un tinte de penumbra comenzaba a descender sobre todas las cosas.

El otoño estaba bastante avanzado y el crepúsculo vespertino se hacía cada vez más corto, llevando en rápido trance el luminoso día a la oscuridad de la noche.

Ilina y Alan paseaban por el jardín a la incierta luz de las primeras estrellas y saboreaban con deleite la paz que reinaba en aquel sitio.

De pronto, como una aurora centelleante, una luz cegadora hizo su eclosión sobre el lejano horizonte y todo el paisaje que alcanzaba la vista se iluminó como si se hubiera hecho de día repentinamente.

Los dos seres quedaron en suspenso y la muchacha se refugió instintivamente en el pecho de Alan.

La formidable luz que parecía haberse encendido sobre el horizonte osciló durante unos segundos y comenzó a disminuir de intensidad, pero, acto seguido volvió a brillar con nueva fuerza.

Toda la población de Búffalo había sido sorprendida por el extraño fenómeno y se lanzaba a la calle en busca de una concreta información.

Por cuatro veces seguidas pudo observarse la oscilación de la intensa luz y luego fue declinando paulatinamente, hasta extinguirse casi por completo.

Ilina se había recuperado de la primera impresión y miraba con ojos desorbitados hacia la lejanía, mientras su cara adquiría una palidez mortal.

El mismo Alan permanecía clavado en su sitio, mirando como fascinado hacia la lejana línea del horizonte, donde aún quedaba un extraño resplandor que parecía flotar en el aire.

Había mirado la hora en su reloj de pulsera en el instante mismo en que diera comienzo el extraño fenómeno y ya habían pasado quince minutos desde que éste comenzara.

Fue entonces cuando una nueva faceta vino a sumarse a la desconcertante situación.

Al principio fue como si un viento invisible sacudiese débilmente las cosas. Luego un sordo rumor que parecía el tumultuoso ruido del mar embravecido, el cual fue creciendo hasta convertirse en un ancho y tenebroso trueno. Por último, un suave pero prolongado temblor que sacudió la misma tierra y rompió los cristales de las casas.

Ilina se desprendió de Alan y echó a correr hacia el edificio, al tiempo que su garganta lanzaba el más angustioso grito que pudieran escuchar oídos humanos.

Alan hubiera querido salir detrás de ella, pero había algo que lo retenía allí clavado, dirigiendo sus ojos hacia el lejano horizonte.

El sabía sobradamente qué era lo que significaba aquello pero apenas si podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Fue la alborotada entrada de Boris y Buck en el jardín lo que le sacó de su abstracción.

—¡Alan! ¡Alan! —gritó Buck—. ¡¡Nueva York está siendo bombardeado con bombas de hidrógeno!!

CAPITULO VIII

La terrible noticia fue confirmada oficialmente poco después.

Las emisoras de radio previnieron a todo el país, confirmando la noticia de que Nueva York había sido atacado por bombas atómicas; quedando totalmente destruido en el pequeño lapso de unos minutos.

Washington y otras importantes ciudades de los Estados Unidos eran víctimas de un ataque semejante, sin que las unidades de la defensa pudieran hacer nada para evitarlo.

Al parecer se trataba de proyectiles intercontinentales con cabeza atómica de hidrógeno.

Las noticias eran confusas y contribuían a aumentar el desconcierto de la población civil de aquellas zonas que aún no habían sido afectadas por el bombardeo.

Alan intentó ponerse en contacto telefónico con algunos de los puntos claves para la defensa del país pero le fue imposible. Las comunicaciones se habían desarticulado casi por completo y sólo pudo conseguir una comunicación con Cleveland, un centro secundario, donde existían varias unidades de la flota aérea, a la cual pertenecían nuestros amigos.

—Es incomprensible —le contestó el coronel jefe Harrison—. Los más importantes núcleos del país están siendo destruidos por proyectiles atómicos.

—¿De qué dirección vienen ? —preguntó Alan.

—¡De Rusia! —fue la asombrosa respuesta.

* * *

Aquello más bien parecía una pesadilla que una realidad. Rusia

era un país totalmente aniquilado y ¡había pasado a la ofensiva!

—¿Qué podemos hacer, Coronel?

—No sé qué decirle, Alan —contestó la voz de Harrison a la otra parte del hilo telefónico—. Mis hombres están intentando interceptar algunos de estos proyectiles intercontinentales, pero el resultado no es muy satisfactorio. Nuestros sismógrafos están detectando dos explosiones cada quince minutos en distintas partes del país, pero no podemos localizarlas con exactitud, pues las comunicaciones están destrozadas.

—¿Qué órdenes ha dado el Alto Mando?

—Eso es lo peor, Alan. Mucho me temo que el Alto Mando y el Gobierno han perecido en el bombardeo de Nueva York. La nación es como un barco sin control que marcha a la deriva.

—¿Puedo hacer algo?

—Nada por el momento. Déme su número de teléfono y lo llamaré si lo necesito.

—¿Por qué no me envía un helicóptero y me trasladaré ahí.

—No me parece mal. Lo enviaré en cuanto pueda disponer de uno de mis hombres.

Alan dio la situación exacta y colgó el aparato.

Durante unos segundos se miraron en silencio los tres amigos, sin acertar a explicarse lo que pasaba.

Fue Boris el primero en intervenir.

—Os aseguro que no lo comprendo. Mi país está totalmente destruido y no comprendo cómo puede haber pasado a la contraofensiva.

—Nunca creí en la teoría de que dando el primer golpe conseguiríamos eludir la represalia, pero ya casi había aceptado que estaba equivocado.

—Esto es el fin del mundo —dijo Buck, con voz fúnebre—. Si no se ataja el ataque en pocas horas...

No terminó sus palabras pero todos estuvieron de acuerdo con él.

* * *

Dos horas pasaron antes de que Alan volviese a pensar en Ilina.

—¿Dónde está Ilina ? —preguntó a sus amigos.

—La he visto subir a sus habitaciones poco después de comenzar el ataque —respondió Buck.

—Se excitó mucho. Voy a ver cómo se encuentra.

Alan tomó la escalera que conducía al primer piso y llamó a la habitación de la muchacha sin obtener respuesta.

Dio vuelta al pomo de la puerta y penetró en la habitación...

* * *

Ilina estaba apoyada en la ventana y sus ojos se dirigían hacia la lejanía como si rememorasen pasadas y terribles escenas.

—Ilina —susurró Alan.

La muchacha se volvió y miró extrañamente a su amigo.

—No debes preocuparte, Ilina —le dijo Alan.

—¡Ahora lo recuerdo todo! —dijo con voz extraña—. ¡Se sucedían las explosiones y las ciudades ardían por los cuatro costados! ¡Millones de seres morían en el espacio de pocos minutos! ¡La nube radiactiva iba creciendo en intensidad y la muerte comenzó a cabalgar furiosamente de uno al otro extremo de mi país!

Ilina había conseguido recuperar totalmente su memoria y las escenas de la destrucción de Rusia desfilaban por su mente como las escenas sobrecogedoras de una película de terror.

—No pienses más en ello —suplicó Alan.

—¡Fue horrible! —casi gritó la joven—. ¡El resplandor de las explosiones atómicas ahuyentaron la noche y un día horroroso iluminó la destrucción de mi patria! ¡No puedo! ¡No puedo verlo!

Ilina había abandonado su puesto junto a la ventana y comenzó a pasear por la habitación, cogiéndose la cabeza con las manos.

Alan se interpuso en su camino y la estrechó contra su pecho.

—¡Ilina! ¡Domínate!

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Lo tengo grabado en mis ojos y su visión me persigue por todas partes!

Alan la apretó más estrechamente y sus respiraciones se mezclaron.

—¡Tienes que olvidar, Ilina! ¡No dejes que las últimas horas de nuestra existencia estén perturbadas por esas horrorosas visiones!

Ilina miró a Alan y sus labios temblaron emocionados.

—¡Fui la única que quedó de todo mi equipo, Alan! ¡Todos murieron en el refugio antiatómico! ¡Me quedé sola en un mundo donde sólo la muerte tenía su asiento!

—¡Ahora no estás sola, Ilina!—exclamó Alan—. Yo estoy a tu

lado y ¡te amo! ¿Lo oyes? ¡Te amo! No podía morir sin decírtelo.

Ilina miró al hombre que la había estrechado tiernamente entre sus brazos.

Durante unos segundos contuvo su respiración y sus ojos, desorbitados y febriles hasta aquel instante, comenzaron a dulcificarse, dando paso a una luz nueva que los humanizaba profundamente.

Durante algún tiempo no pudo pronunciar ni una sola palabra hasta que un sollozo se escapó de su garganta, al tiempo que murmuraba.

—¡Yo también te quiero! ¡Te quiero con todas mis fuerzas, Alan!

El hombre inclinó sus labios sobre los de la hermosa joven y la besó apasionadamente.

Las lágrimas de Ilina coman por sus mejillas y Alan notó en sus propios labios su amargo sabor.

Jamás dos seres habían entregado en un beso tanto como entregaban aquellas dos criaturas, las cuales encontraban su amor cuando faltaban muy pocas horas para que la muerte cortara en flor un idilio que apenas había comenzado.

—Este minuto de felicidad me compensa de toda la amargura que se abate sobre mi espíritu —musitó Alan.

—También yo soy feliz —repuso Ilina—. No importa lo que nos depare el futuro. ¡Te quiero, Alan!

La joven había reaccionado por completo, saliendo de aquel marasmo en que empezaba a sumirse unos minutos antes.

No supieron cuánto tiempo estuvieron enlazados en la semipenumbra de la habitación, pero los dos seres vivieron unos minutos de inmensa felicidad que parecieron toda una vida.

Fue la voz de Buck la que los sacó de su maravillosa abstracción.

—¡Alan!

—¿Qué sucede, Buck?

—Acaba de telefonear el coronel Harrison. Dice que viene un helicóptero a recogernos.

—Está bien. Preparaos para cuando llegué.

—Le he dicho que aterrice detrás de la casa, para lo cual encenderemos una hoguera, pues todo el pueblo ha quedado sin luz.

—De acuerdo.

* * *

Llevando enlazada a Ilina por la cintura descendieron hasta el amplio «hall» de la casa, donde Boris estaba esperando.

—El coronel dice —continuó Buck —que todo está perdido. Uno de esos proyectiles ha estallado en el aire, destruyendo a la mayor parte de las fuerzas aéreas que estaban bajo su mando.

—¡Si al menos supiésemos de qué lugar parte el ataque!—exclamó Alan.

—Si fuese así podríamos intentar un bombardeo —repuso Buck.

De pronto, Ilina dio un pequeño grito y se llevó las manos a los labios.

—¿Qué te sucede? —preguntó Alan sorprendido.

—¡Yo sé de dónde proviene el ataque¡ —exclamó la muchacha.

Los tres hombres miraron a Ilina y una débil esperanza apareció en sus ojos.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó Alan.

—Sí, Alan. ¡Yo lo sé!

—¡Habla, por lo que más quieras!

—Uno de los sabios que trabajó conmigo en el proyecto del viaje a la Luna que yo dirigía me habló de ello.

—Explícate —apremió Buck.

—Los que participaron en el asunto le llamaban «Operación Ultratumba». Lo recuerdo perfectamente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Yo te lo explicaré Alan. En mi país se temía un ataque por sorpresa con las consecuencias que vosotros ya conocéis. Entonces se pensó en crear un dispositivo que fuera capaz de daros la represalia adecuada, a pesar de que consiguieseis nuestra destrucción total.

—¿Y cómo es posible? —preguntó Buck.

—En un lugar no muy profundo del lago Onega se instalaron unas rampas submarinas de lanzamiento de proyectiles intercontinentales, en cuyas rampas hay instalados un centenar de estos proyectiles. Los suficientes para destruir totalmente a los Estados Unidos.

—¿Pero cómo han entrado en acción antes?

—La explicación es la siguiente, Alan: Todos los dispositivos de ataque están en punto muerto hasta que los hombres los ponen en acción ¿no es cierto?

—Sí —contestó brevemente Alan.

—En este caso sucede al revés —replicó la muchacha.

—¿Qué quiere decir al revés ?—preguntó Buck, el cual no podía ocultar su extrañeza.

—El dispositivo de funcionamiento de esas rampas submarinas de lanzamiento estaba permanentemente en marcha y un equipo de hombres impedía su disparo mediante unos instrumentos de control a distancia. De este modo, si eran sorprendidos por una muerte inesperada, el dispositivo de lanzamiento quedaba en marcha automáticamente ¡disparándose solos los proyectiles intercontinentaltales!

Aquella revelación turbó a los tres hombres por un instante.

—¿Y cómo ha tardado tanto tiempo en funcionar ese dispositivo?

—Su puesta en marcha estaba calculada para algunas semanas después de que los hombres que estaban al servicio del mismo hubiesen muerto. Esto se hacía así con el fin de evitar que las rampas se disparasen por accidente. Por ejemplo en caso de un terremoto o una epidemia que pudiese matar a los hombres del equipo. De tratarse de una cosa así había tiempo suficiente para que otro equipo se trasladase a la base secreta del lago Onega y tomase a su cuidado los instrumentos de control.

—¡Un plan extraordinariamente ingenioso! —tuvo que reconocer Alan.

—Debemos comunicarlo al coronel Harrison —dijo Buck—. Quizá pueda mandar algunos aviones a bombardear ese dispositivo del lago Onega.

* * *

Rápidamente se dirigieron al teléfono e intentaron ponerse en comunicación con Cleveland, pero una nueva desagradable sorpresa les esperaba: las comunicaciones estaban interrumpidas.

—¡Hemos llegado tarde! —exclamó Alan—. Intentaremos trasladarnos a Cleveland en automóvil.

Ya se dirigían hacia la puerta cuando uno de los cristales de las ventanas saltó hecho añicos por una piedra.

—¿Qué es eso? —preguntó Alan alarmado.

Un rumor creciente venía del exterior y Buck se asomó a una de las ventanas.

Nuevas piedras cayeron sobre la fachada del edificio y varios disparos rasgaron el silencio de la noche.

—¡Una gran multitud se ha estacionado ante la casa! —informó Buck.

Alan y Boris se acercaron ala ventana y pudieron comprobar lo que decía su amigo.

—¿Qué les sucederá? —preguntó Boris.

La respuesta no se hizo esperar. Sobresaliendo del mar de voces que poblaba el lugar pudo oírse claramente:

—¡Mueran los rusos!

Los habitantes de Búffalo, aterrorizados por el bombardeo atómico que sufría el país habían concentrado sus iras contra los dos rusos que habitaban en casa de Alan y tenían la pretensión de lincharlos.

—¡Pronto, Buck! ¡Trae los fusiles que están en el piso de arriba!

—¡ No, Alan! —exclamó Ilina—. Si lo que quieren es la vida mía y de Boris, debes dársela. La misión que tienes que cumplir es mucho más importante que nosotros.

—¡Eso no puede ser, Ilina!

—Yo opino corno mi compatriota —intervino Boris—. Las pocas esperanzas de que se salve la Humanidad que hay todavía están en vuestras manos, Alan.

—En este caso os equivocáis —respondió serenamente Alan—. Están aterrorizados y enfurecidos. Ni Buck ni yo nos escaparíamos si consiguiesen franquear la puerta. Es preciso mantenerlos a raya hasta ver qué es lo que se nos ocurre.

—Opino lo mismo que tú —intervino Buck.

—No pierdas un segundo y trae las armas.

Buck fue a buscar lo que le ordenaba su amigo y no tardó en volver con dos fusiles.

—Tú cubre la parte posterior de la casa y yo lo haré en la delantera. Procura atemorizar a los atacantes sin necesidad de herirlos, pero si no hay otro remedio tira a dar.

—Desde el primer piso dominaremos mejor la situación ¿no te parece?

—Cierto. Vamos allá.

Precedidos por Boris e Ilina, los dos amigos subieron a la planta superior y no tardaron en encontrarse apostados en sus puestos de observación.

Una gran multitud rodeaba la casa y, alumbrados por antorchas, presentaban un fantástico y estremecedor espectáculo.

Al principio se conformaron con gritar y tirar piedras y algún que otro disparo aislado, pero pronto los enardeció alguien y se lanzaron en avalancha contra la puerta de la casa.

Alan apuntó sobre sus cabezas y disparó su fusil de repetición.

La multitud se frenó en el acto, atemorizada y pronto comenzó

una retirada desordenada.

Unos segundos después se escuchaba el seco trallazo del arma de Buck, el cual intentaba rechazar un asalto por el lado que le había tocado defender.

CAPITULO IX

Durante una hora se mantuvo el asedio sin que ni los atacantes ni los defensores cejaran en su empeño.

La multitud había tornado mayores precauciones y procuraba esconderse en la oscuridad de la noche, para no ser blanco de las armas de los defensores.

Una andanada de balas se abatía, de cuando en cuando sobre la casa, haciendo saltar los cristales y arrancando astillas de las paredes de madera.

Buck hacía rápidas escapadas de su puesto de observación para cambiar impresiones con Alan y volvía de nuevo a su puesto.

En una de aquellas breves entrevistas se sorprendió por una pregunta que le hizo su amigo.

—¿De qué lado sopla el viento, Buck?

—¿El viento? Del lado Sur.

—Eso quiere decir que sopla hacia la parte posterior de la casa ¿no?

—Es cierto, pero que me asen vivo si comprendo qué es lo que quieres decir con eso.

—Pronto lo verás... y no sería extraño que te asases vivo —sonrió Alan.

Buck miró a su camarada y, por un momento creyó que se había vuelto loco.

—Como no te expliques...

—El coronel dijo que mandaba un helicóptero, ¿no es cierto?

—Así es.

—Dijiste que aterrizaría en la parte posterior de la casa ¿no es así?

—También eso es cierto. ¿Quieres decirme a dónde quieres ir a parar?

—Cleveland se encuentra a unas doscientas millas de aquí—

continuó Alan imperturbable—. Lo cual quiere decir que el aparato no tardará en llegar.

—¿Y qué ganamos con eso ? ¿Crees que podremos abrirnos paso entre esa multitud enloquecida que nos rodea?

—No tenemos más remedio que intentarlo.

—Será inútil, Alan. Son varios cientos o quizá miles de personas.

—Tengo un plan que voy a poner en práctica.

—Explícate.

—En los sótanos hay varias latas de gasolina. Vamos a prenderle fuego a la casa. Esa será la hoguera que señalará nuestra posición a los tripulantes del helicóptero.

—Moriremos aquí achicharrados, Alan.

—Ya te he dicho que existía la posibilidad de que te asases vivo —sonrió Alan.

—En verdad no veo qué es lo que quieres conseguir con eso. ¡Jamás podremos atravesar esa barrera humana que nos cerca!

—Si obedeces con rapidez aún tendremos alguna posibilidad.

Buck no estaba muy convencido de que el plan de Alan tuviese el menor resultado pero se dirigió rápidamente hacia el sótano para: buscar las latas de gasolina.

—Tú, Boris, en compañía de Ilina amontona en el «hall», en el primer piso y en la azotea, toda la ropa que encuentres a mano. Puedes coger la ropa de la cama y hasta los mismos colchones.

Los aludidos no pusieron la menor objeción y salieron a cumplir su cometido.

—Ya están aquí las latas de gasolina —dijo Buck—. Son cuatro ¿Qué hago ahora con ellas?

—Ilina y Boris están amontonando la ropa en varios sitios. Coge unos cubos de agua y mójala. Luego vacía sobre ella el contenido de dos de las latas y las esparces estratégicamente, para que el incendio se produzca cuanto antes.

En menos de diez minutos quedaron ultimados los preparativos.

El vago mosconeo de un motor de aviación llegó hasta los oídos de los sitiados y Alan apremió a sus amigos.

—¡Manos a la obra, muchachos! Boris y tú, Buck, le pegaréis fuego a los montones que están en este piso y en la azotea. Ilina y yo lo haremos con el que está en el «hall». Cuando hayáis terminado os reuniréis con nosotros allí.

Los dos hombres salieron y Alan cogió por la mano a Ilina y la arrastró consigo.

—Tenemos que jugárnoslo todo a una carta, querida —le dijo—. ¡Dios quiera que nos dé buen resultado!

—Confío ciegamente en ti —le contestó la maravillosa muchacha, al tiempo que le dirigía una sonrisa alentadora.

Llegaron al «hall» y esperaron a que Buck Boris estuviesen de regreso.

—Ya está —comunicó brevemente Boris cuando regresó.

—Yo también he cumplido mi misión —dijo Buck entrando, al cual sacudía un fuerte golpe de tos—. Se ha levantado una humareda infernal.

—Eso es lo que deseo. Ahora escuchadme bien. Encerraos en la cocina que, como sabéis está en la parte posterior de la casa. Yo voy a prender fuego a este montón de ropas humedecidas y dentro de unos segundos no se podrá respirar aquí. Es preciso que la cocina esté lo más aislada posible, pues hemos de aguantar un rato antes de que nos decidamos a salir al exterior.

—¡Ahora te comprendo, condenado! ¡Quieres levantar una nube de humo para que podamos ampararnos en ella durante nuestra marcha hacia el helicóptero!

—Exactamente. Ahora marchad a la cocina. Yo iré inmediatamente.

* * *

Cuando Alan estuvo solo encendió una cerilla y la arrojó sobre el montón de ropas que estaba en el suelo. La lata de gasolina que se había derramado sobre el mismo hizo que ardiera instantáneamente, pero el agua que humedecía la ropa provocó el desprendimiento de una columna de humo y vapores, que llenó la habitación por completo en pocos segundos.

Alan echó a correr y no tardó en unirse al resto de sus compañeros.

—¡Cierra bien la puerta, Buck! ¡Ahora tenemos que resistir hasta el máximo!

Buck hizo lo que se le ordenaba y tapó las rendijas que dejaba la puerta por la parte inferior.

—Ahora esperaremos hasta que no podamos resistir más —dijo Alan—. Si mi plan fracasa podéis elegir entre morir abrasados vivos o ser despedazados por la multitud que nos espera afuera.

Todos asintieron en silencio y Alan atrajo hacia sí a Ilina.

—Cualquier cosa me parecerá buena —dijo valerosamente la muchacha— con tal de estar a tu lado, Alan.

—Espero que Dios, se digne ayudarnos otra vez —respondió sencillamente el hombre.

El ruido del motor del helicóptero se iba haciendo más intenso y tras unos minutos se extinguió totalmente.

Alan y Buck se miraron.

—O ha aterrizado o se ha largado definitivamente —comentó Buck en voz baja.

—No tardaremos mucho en saberlo —replicó Alan inmutable.

El incendio fue prendiendo con asombrosa rapidez y el humo comenzó a entrar en la pequeña pieza por los intersticios que quedaban libres.

La casa crujía al ser pasto de las llamas, pues era de madera toda ella, como es corriente en las edificaciones de gran parte de los Estados Unidos.

Uno de los tabiques de la cocina comenzó a arder por la parte exterior y no tardaron en asomar algunas lenguas de fuego en el interior mismo.

—Esto se está haciendo insoportable —comentó Boris.

—Aún debemos esperar un poco más —respondió Alan.

El humo fue invadiendo el recinto y algunas toses comenzaron a oírse.

—¡Ha llegado el momento! ¡Vamos afuera! —gritó Alan.

Con mano firme asió el pomo de la puerta y le dio la vuelta.

La suerte estaba echada y ya no era posible volverse atrás.

—Procurad no delatar nuestra presencia con vuestras toses, al precio que sea —fue la última recomendación.

El plan de Alan no había sido tan descabellado. Una espesa nube de humo negro se había ido extendiendo, impulsada por el viento, hacia el terreno que quedaba a la parte posterior de la casa.

La nube se iba extendiendo sobre una gran zona y hacía la atmósfera prácticamente irrespirable.-

Apenas si se podía ver a un paso de distancia y los seres que salían de aquel infierno de la casa tenían que ir cogidos de la mano para no perderse.

Alan era el que abría la marcha y llevaba a Ilina a sus espaldas.

Durante unos angustiosos minutos caminaron a ciegas, en medio de aquella infernal nube de humo y vapores.

Sólo el instinto les salvaba de tropezar con los muchos obstáculos que ponía el terreno a su paso y parecía que aquello no iba a terminar nunca.

Por fin fue haciéndose menos denso el humo y comenzaron a entrever los alrededores.

La multitud que rodeaba aquel sector de la casa se había retirado, rechazada por el humo, y hasta los oídos de los fugitivos llegaba el rumor airado de sus voces.

Dos minutos más de penosa marcha y comenzó a disiparse la atmósfera, permitiendo ver a unos cincuenta metros de distancia.

Alan fue el primero en darse cuenta de que el helicóptero se había posado a poco más de cuarenta metros del lugar que ocupaban ellos en aquel instante.

No quiso decir nada a sus amigos para evitar que su voz fuese escuchada por los que merodeaban por aquellos alrededores, pero tiró con más fuerza de la comitiva.

Adelantaron diez metros más y de pronto vio su paso interrumpido por la presencia de cuatro individuos que caminaban en grupo.

—¡Eh, mirad! —exclamó uno de ellos señalando a los fantásticos seres que salían de la nube de humo.

Alan no lo pensó más. De un poderoso salto cayó sobre ellos y sus puños comenzaron una tarea demoledora.

—¡Corre hacia el helicóptero, Ilina! —le gritó a la muchacha.

Esta pareció vacilar un segundo pero acabó obedeciendo. Procuró esquivar a los contendientes y corrió hacia el aparato que se divisaba a unos treinta metros de distancia.

Buck y Boris habían comprendido lo que sucedía y se lanzaban con ímpetu salvaje a la pelea.

* * *

Aunque la proporción era ligeramente favorable a sus adversarios, pronto se inclinó la balanza del lado de los fugitivos. Hombres expertos en la lucha y en trance de defender su vida no tardaron en dar buena cuenta de sus enemigos, los cuales rodaban por el suelo bajo el ímpetu demoledor de los puños de los tres amigos.

Uno de los adversarios consiguió zafarse y salió huyendo, al tiempo que lanzaba grandes voces para advertir a los cientos de sus conciudadanos que se encontraban por aquellos alrededores.

—¡Acabemos de una vez! —gritó Alan a sus hombres.

Buck dirigió un fuerte golpe al estómago de su enemigo y luego repitió dos veces. El hombre se dobló por la cintura y cayó al suelo sin conocimiento.

Boris tenía cogido a uno por el cuello y lo volteó por encima de su cabeza, lanzándolo a varios metros de distancia. Mientras tanto, Alan acababa con el que le había tocado en suerte, merced a un formidable directo a su barbilla.

—¡Al helicóptero sin perder un segundo!

Emprendieron una veloz carrera y no tardaron en encontrarse en el interior del helicóptero.

Ilina había llegado unos segundos antes y advertido el piloto del peligro que corrían habían puesto los motores en marcha.

Una gran muchedumbre llegaba en aquel momento a las inmediaciones del aparato, pero ya era tarde para que consiguiesen su propósito. El helicóptero despegó verticalmente y no tardó en verse fuera del alcance de las balas que se disparaban contra él desde tierra.

—¡A toda velocidad hacia Cleveland! —ordenó Alan.

CAPITULO X

Un superreactor de gran radio de acción, de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos, volaba en círculo sobre una extensa zona del lago Onega.

El propio coronel Harrison llevaba el mando de la fortaleza volante y nuestros amigos miraban a través de la proa transparente del aparato la bruñida superficie del gran lago.

—¿Está segura de que era por esta parte, Ilina? —preguntó el coronel.

—Eso creo recordar —respondió la muchacha.

—De todos modos no vamos a tardar en saberlo —intervino Alan—. Usted nos dijo que los proyectiles caían sobre nuestro territorio con un intervalo de quince minutos, ¿no es así, coronel?

—Hasta ahora así ha venido sucediendo.

—Ya llevamos doce minutos volando por este lugar —informó Boris, tras consultar su reloj de pulsera.

La tensión en el interior del aparato era casi insostenible. Tanto la tripulación del mismo como nuestros amigos se daban perfecta cuenta de que aquella era la última baza que podía jugarse en defensa de la maltrecha Humanidad.

Durante toda la noche habían estado cayendo bombas de hidrógeno sobre los Estados Unidos y la nación había sido destruida en un noventa por cien.

De pronto, Ilina lanzó un grito.

—¡Ahí están!

Todos miraron hacia el lugar que señalaba la muchacha y pudieron ver el más fantástico de los espectáculos.

Emergiendo de las aguas, y dejando tras de sí una estela de fuego, dos grandes cohetes intercontinentales salieron disparados hacia las alturas, describiendo una gran parábola, cuyo final sería alguna de las ciudades de los Estados Unidos.

—¡Preparadas las cargas atómicas! —gritó el coronel Harrison.

—¡Cargas atómicas preparadas! —contestó Buck, que era el artillero de aquella operación desesperada.

—Sujétense todos a sus asientos —recomendó Harrison—. Porque hemos de variar nuestro rumbo muy bruscamente.

Ilina se apretó instintivamente contra el pecho de Alan y éste le ciñó los hombros con su poderoso brazo.

—¡Atención disparo! —volvió a gritar Harrison.

—Disparo a punto —contestó Buck.

—¡Fueeeego!

Buck bajó la palanca que tenía en su mano derecha y tres bombas de gran potencia atómica se desprendieron del vientre del aparato.

Apenas realizado el disparo, Harrison atrajo hacia sí la palanca de mando del avión y el aparato saltó hacia las alturas a la velocidad de un meteoro.

Las correas que sujetaban a los pasajeros de aquel aparato crujieron ante la violencia de la maniobra y laceraron las carnes de todos.

Pero el coronel Harrison continuó imperturbable, intentando poner la mayor distancia posible entre el aparato y el lugar donde iban a hacer explosión las tres bombas atómicas.

Una terrible llamarada salió de las profundidades del lago Onega y la expansión del aire hizo temblar la estructura del avión, a pesar de que volaba a más de treinta mil metros de altura.

—Control de tiempo —ordenó Harrison.

Boris miró su cronómetro y contestó:

—Control de tiempo.

* * *

Los veinte minutos que se sucedieron jamás los olvidaría ninguno de los que participaban en aquella arriesgada operación.

Harrison había apartado el aparato de la vertical y, desde lejos, podían ver perfectamente la tremenda nube atómica que se había formado después de la explosión.

¿Habría tenido efecto el ataque a las rampas submarinas dle lanzamiento?

El tiempo fue pasando y los ojos de todos los que viajaban en el aparato estaban fijos en la base misma de la gran seta atómica.

—Control de tiempo —pidió el coronel Harrison.

—¡Veinte minutos! —exclamó Boris después de consultar su cronómetro.

Un ¡hurra! formidable, salido de todas las gargantas atronó el interior del aparato.

Una hora más sobrevolaron por encima de aquel sitio y ningún nuevo proyectil intercontinental surgió de las aguas de lago Onega. Aquella misión desesperada había culminado con el más rotundo éxito.

—Ahora ya podemos estar tranquilos. El dispositivo submarino de lanzamiento ha sido destruido —dijo el coronel Harrison.

—¡Por fin ha terminado esta pesadilla! —exclamó Buck—. Aún quedan muchas cosas por hacer en la Tierra, pero espero que esta vez, los hombres sean verdaderamente hombres de buena voluntad.

Ilina y Alan se miraron intensamente a los ojos y unieron sus labios en un largo y apasionado beso.

—Las relaciones entre los dos mundos antagónicos comienzan mucho mejor en esta nueva etapa de la Humanidad —sonrió el coronel Harrison al contemplar a los dos enamorados. Espero que ya nunca vuelvan a romperse los vínculos de amor y fraternidad que deben reinar entre todas las criaturas de Dios.

El avión torció el rumbo bajo la mano experta del coronel Harrison y se dirigió raudamente hacia la lejana Patria.

F I N

COLECCION

LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grodson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*

66.—**Raza** diabólica. *George H. White.*
67.—Un astro en el camino. *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral. *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos. *George H. White.*
70.—Cuando el monstruo ríe. *Alf. Regaldie.*
71.—Heredó un mundo. *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus. *George H. White.*
73.—La legión del Espacio. *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu. *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina. *Red Arthur.*
76.—Pánico en los espacios Siderales. *Karel Sterling.*
77.—El mundo sumergido. *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1. *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales. *Karel Sterling.*
80.—Gan-X. *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí. *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E.. *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza. *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus. *Karel Sterling.*
85.—¡Piedad para la Tierra!. *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra. *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido. *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica. *Profesor Hasley.*
89.—El hombre de ayer. *Profesor Hasley.*
90.—Lance King: Pionero del tiempo. *Karel Sterling.*
91.—La muerte flota en el vacío. *C. Aubrey Rice.*
92.—Cuarta dimensión. *Profesor Hasley.*
93.—¡¡Luz sólida!!. *George H. White.*
94.—Hombres de Titanio. *George H. White.*
95.—¡Ha muerto el sol!. *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra. *George H. White.*
97.—El imperio milenario. *George H. White.*
98.—Topo-K. *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán». *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna. *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa. *J. Negri O'hara.*
102.—El gran fin. *J. Negri O'hara.*
103.—Intriga en el año 2.000. *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington. *Prof. Hasley*
105.—Sin noticias de Urano. *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible. *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón. *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok. *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada. *C. Aubrey Rice.*
111.—El experimento del Lr. Kellman. *J. Negri O'hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético. *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan. *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla. *Prof. Hasley.*

Hace poco menos de un siglo, el astrónomo Pedro Hansen formuló una revolucionaria hipótesis acerca de la Luna. Según él, nuestro satélite no solamente era esférico, sino que, además, estaba habitado y poseía una atmósfera similar a la terrestre. Los que lean

1958: OBJETIVO LUNA

comprobarán cúan cerca de la verdad estaba Pedro Hansen.

Dos civilizaciones completamente distintas aguardaban a los primeros terrestres. Y a cada paso de éstos sobre las inhóspitas llanuras lunares les sucedía una pavorosa ola de destrucción y muerte.

KAREL STERLING

describe con su estilo magistral las épicas escenas a que dio lugar el acontecimiento más sensacional de todos los siglos: el primer viaje a nuestro satélite.

1958: OBJETIVO LUNA

es el próximo número de la

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas*

[←1]

(1) Véase: *¡Los muertos atacan!*

[←2]

(1) Véase: *¡Los muertos atacan!*